

Shelley

Mary Shelley

Frankenstein

o

El moderno Prometeo

(Versión original)

Tomo III



**IN OCTAVO
2025**

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Mary Shelley

Frankenstein
o
El moderno Prometeo

(Versión original)

Tomo III



**IN OCTAVO
2025**

Noticia

Victor Frankenstein, doctorado en filosofía natural, es un joven extremadamente inteligente, ambicioso y esforzado, que considera casi una obligación emplear esas cualidades en alguna empresa magnífica capaz de beneficiar a la humanidad toda. Como hombre que vive a caballo de los siglos XVIII y XIX, es un hijo de la Ilustración y como tal, superados algunos coqueteos con la tradición oculta, confía plenamente en los poderes de la razón y los empeña con éxito para descubrir el secreto de la vida. Pero, como diría Goya décadas más tarde, el sueño de la razón produce monstruos, y el sueño de Frankenstein engendra el suyo, que lo perseguirá hasta el fin causándole indecibles sufrimientos y penurias.

Que la monstruosa criatura le haya robado el nombre a su creador en la imaginación del público es apenas una de las rarezas asociadas a esta novela de singular factura (historias insertadas unas dentro de otras, como en un juego de cajas chinas), cuya riqueza de significados excede con mucho la del relato de terror. La anécdota ha sido reproducida hasta el cansancio por el teatro, el cine y la televisión, pero esa popularidad no ha desalentado el interés de los eruditos, que han abordado este relato desde todas las perspectivas posibles, incluyendo la sociología, el psicoanálisis, la ideología de género y la crítica de la cultura.

Mary Shelley (1797-1851) escribió esta novela a los veintiún años, y asombra la penetración con la que describe las relaciones familiares y sociales de su época. Sus padres —William Godwin y Mary Wollstonecraft— eran activos publicistas de izquierda, y tal vez heredó de ellos la lucidez política pero no las ideas, mucho más conservadoras en comparación. Se casó con el poeta Percy B. Shelley, y concibió la historia durante unas vacaciones que compartían en Suiza con otros escritores, en el marco de un desafío literario destinado a entretener el encierro al que los obligaba el mal clima.

*Además de ésta, que le dio la fama, Mary Shelley escribió otras novelas, entre ellas Matilda (1819), Valperga (1823), El último hombre (1826), Lodore (1835) y Falkner (1837). Frankenstein apareció en 1818, fue su estreno como escritora, y no se atrevió a firmarlo. En 1831 revisó la redacción (según algunos críticos para moderar su crudeza inicial, según otros para eliminar correcciones introducidas por su marido), y publicó la novela bajo su nombre. Esta última edición es la más conocida y traducida; la que aquí presentamos, en versión castellana de **In Octavo**, sigue la original, publicada en tres tomos, y menos difundida. Para facilitar la lectura se han introducido algunas modificaciones formales en la presentación del texto, que se describen en cada caso.*

El Editor

Frankenstein
o
El moderno Prometeo

**La historia de
Victor Frankenstein,
contada por él mismo**

(continuación)

Capítulo I

PASARON LOS DÍAS, pasaron las semanas desde mi regreso a Ginebra, y no lograba reunir el coraje necesario para reanudar mi trabajo. Temía la venganza del demonio decepcionado, pero no lograba superar mi repugnancia a la tarea que me había encomendado. Descubrí que no podía componer una mujer sin dedicar de nuevo varios meses a un profundo estudio y una laboriosa disquisición.

Había oído hablar de algunos descubrimientos realizados por un filósofo inglés, cuyo conocimiento debía ser fundamental para mi éxito, y a veces pensaba en obtener el consentimiento de mi padre para visitar Inglaterra con este fin; pero me aferraba a cualquier pretexto para retrasar la visita y no podía decidirme a interrumpir mi regreso a la tranquilidad. Mi salud, que hasta entonces venía decayendo, se había recuperado bastante; y mi ánimo, al no verse frenado por el recuerdo de mi infeliz promesa, mejoraba en la misma proporción.

Mi padre vio este cambio con agrado y se dedicó a pensar en la mejor manera de erradicar los restos de mi melancolía, que de vez en cuando regresaba a borbotones y, con una negrura devoradora, oscurecía el sol que se acercaba. En esos momentos me refugiaba en la más absoluta soledad. Pasaba días enteros en el lago, solo en una pequeña barca, observando las nubes y escuchando el murmullo de las olas, silencioso y apático. Pero el aire fresco y el sol brillante rara vez dejaban de devolverme cierta serenidad y, a mi regreso, recibía los saludos de mis amigos con una sonrisa mejor dispuesta y un corazón más alegre.

Fue al retornar de uno de estos paseos cuando mi padre, llamándome aparte, me habló de esta manera:

—Me alegra observar, querido hijo, que has recuperado tus antiguos placeres y parece estar volviendo a la normalidad. Y, sin embargo, sigues siendo infeliz y continúas evitando nuestra compañía. Durante un tiempo estuve perdido en conjeturas sobre la causa de esto; pero ayer se me ocurrió una idea, y si es fundada, te pido que la confirmes. La reserva en tal punto no sólo sería inútil, sino que nos acarrearía a todos una triple desgracia.

Temblé violentamente ante este exordio, y mi padre continuó:

—Confieso, hijo mío, que siempre he puesto mis expectativas en tu matrimonio con tu prima como vínculo de nuestro bienestar doméstico y sostén de mis años de decadencia. Han estado unidos desde su

más tierna infancia; estudiaron juntos y, en sus disposiciones y gustos, parecían perfectamente compatibles. Pero la experiencia humana es tan ciega, que estas cosas que yo consideraba como los mejores sostenes para mi plan pudieron haberlo destruido por completo. Quizás la veas como tu hermana, sin ningún deseo de que se convierta en tu esposa. Es más, puede que hayas conocido a otra a quien ames; y, considerándote vinculado por honor a tu prima, esta disyuntiva tal vez ocasione la dolorosa tristeza que pareces sentir.

—Tranquilízate, mi querido padre. Amo a mi prima con ternura y sinceridad. Nunca vi a una mujer que despertara, como Elizabeth, mi más profunda admiración y afecto. Mis esperanzas y perspectivas de futuro dependen enteramente de la expectativa de nuestra unión.

—La expresión de tus sentimientos sobre este tema, mi querido Victor, me causa más placer del que he experimentado en mucho tiempo. Si así lo sientes, sin duda seremos felices, por mucho que los acontecimientos actuales nos ensombrezcan. Pero es esta tristeza, que parece haberse apoderado de tu mente, la que deseo disipar. Dime, por tanto, si te opones a una consagración inmediata del matrimonio. Hemos tenido mala suerte, y los acontecimientos recientes nos han sacado de esa tranquilidad cotidiana que conviene a mi edad y mis achaques. Eres más joven; sin embargo, no creo que, con tu considerable fortuna, un matrimonio precoz interfie-

ra en absoluto en los planes de honor y utilidad que puedas haberte forjado. No supongas, sin embargo, que quiero dictarte la felicidad, ni que una demora tuya me causará una gran inquietud. Interpreta mis palabras con franqueza y respóndeme, te lo pido, con confianza y sinceridad.

Escuché a mi padre en silencio y permanecí un rato incapaz de responder. Revolví rápidamente en mi mente una multitud de pensamientos e intenté llegar a alguna conclusión. ¡Ay! Para mí, la idea de una unión inmediata con mi prima era horrorosa y desoladora. Estaba atado por una promesa solemne, que aún no había cumplido y no me atrevía a romper; o, si lo hacía, ¡cuántas desgracias podrían azotarnos a mí y a mi devota familia! ¿Podría entregarme a una celebración con este peso mortal aún colgado del cuello, agobiándome hasta el suelo? Debía cumplir mi compromiso y dejar que el monstruo se marchara con su compañera antes de permitirme disfrutar del deleite de una unión de la que esperaba paz.

Recordé también la necesidad que me había impuesto de viajar a Inglaterra o entablar una larga correspondencia con los filósofos de ese país, cuyos conocimientos y descubrimientos me eran de indispensable utilidad en mi actual empresa. Este último método para obtener la información deseada era lento e insatisfactorio; además, cualquier variación me resultaba agradable, y me encantaba la idea de pasar uno o dos años cambiando de aires y con di-

versas ocupaciones, lejos de mi familia; durante ese período podría ocurrir algún acontecimiento que me devolviera a ellos en paz y felicidad: mi promesa podría cumplirse y el monstruo partir; o podría ocurrir algún accidente que lo destruyera y pusiera fin a mi esclavitud para siempre.

Estos sentimientos dictaron la respuesta que le di a mi padre. Expresé mi intención de visitar Inglaterra; pero, ocultando las verdaderas razones de este propósito, disimulé mis deseos con la excusa de querer viajar y ver el mundo antes de sentar cabeza dentro de los muros de mi ciudad natal.

Insistí en mi súplica con vehemencia, y mi padre se vio fácilmente inducido a acceder; pues no existía en la tierra un padre más indulgente y menos dictatorial. Nuestro plan pronto quedó diseñado. Viajaría a Estrasburgo, donde Clerval se reuniría conmigo. Pasaría un breve tiempo en las ciudades de Holanda, y nuestra principal estancia sería en Inglaterra. Regresaríamos por Francia; y se acordó que el viaje duraría dos años.

A mi padre le gustó la idea de que mi unión con Elizabeth se produjera inmediatamente después de mi regreso a Ginebra.

—Estos dos años —dijo— pasarán rápido, y será el último retraso que se oponga a tu felicidad. Y, de hecho, deseo fervientemente que llegue ese momento en que todos estemos unidos y no surjan esperanzas ni temores que perturben nuestra tranquilidad doméstica.

—Me alegra contar con tu asentimiento —le respondí—. Para entonces, ambos seremos más sabios, y espero que más felices, de lo que somos ahora.

Suspiré; pero mi padre, amablemente, se abstuvo de preguntarme más sobre la causa de mi desaliento. Esperaba que nuevos paisajes y la diversión de viajar me devolvieran la tranquilidad.

Hice los preparativos para mi viaje; pero una sensación me atormentaba, llenándome de miedo y agitación. Durante mi ausencia, dejaría a mis amigos inconscientes de la existencia de su enemigo y desprotegidos de sus ataques, por muy exasperado que estuviera por mi partida. Pero él había prometido seguirme adondequiera que fuera; ¿y acaso no me acompañaría a Inglaterra?

Esta suposición era terrible en sí misma, pero tranquilizadora, pues suponía la seguridad de mis amigos. Me atormentaba la idea de que ocurriera lo contrario. Pero durante todo el tiempo que fui esclavo de mi criatura, me dejé llevar por los impulsos del momento; y mis sensaciones presentes insinuaban fuertemente que el demonio me seguiría y libraría a mi familia del peligro de sus maquinaciones.

Fue a finales de agosto cuando partí para pasar dos años de exilio. Elizabeth aprobó las razones de mi partida y solo lamentó no haber tenido las mismas oportunidades de ampliar su experiencia y cultivar su entendimiento. Sin embargo, lloró al despedirse y me alentó para que regresara feliz y tranquilo.

—Todos dependemos de ti —dijo—; y si tú te sientes desdichado, ¿cómo nos sentiremos nosotros?

Me arrojé en el carruaje que me llevaría, sin saber bien adónde iba y sin importarme lo que sucediera a mi alrededor. Sólo tuve el cuidado, y con amarga angustia lo recordé, de ordenar que empaquetaran mis instrumentos químicos para llevarlos conmigo; pues decidí cumplir mi promesa estando fuera y regresar, si era posible, como un hombre libre.

Lleno de lúgubres imaginaciones, pasé por muchos paisajes hermosos y majestuosos; pero mi mirada estaba fija y distraída. Solo podía pensar en el propósito de mis viajes y en el trabajo que me ocuparía mientras duraran.

Tras unos días de indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde esperé dos días a Clerval. Llegó. ¡Ay, qué gran contraste había entre nosotros! Él estaba atento a cada nuevo escenario; se alegraba con la belleza del sol poniente, y se alegraba aún más al verlo salir y comenzar un nuevo día. Me señalaba los colores cambiantes del paisaje y las apariencias del cielo.

—¡Esto es vivir! —exclamó—, ¡ahora disfruto de la existencia! Pero tú, mi querido Frankenstein, ¿por qué estás abatido y triste?

En verdad, estaba sumido en pensamientos sombríos, y nunca vi ni el descenso del lucero vespertino ni el amanecer dorado reflejado en el Rin. Y tú, amigo mío, disfrutarías mucho más con el diario de

Clerval, quien observaba el paisaje con ojos de sentimiento y deleite, que escuchando mis reflexiones. Yo, un miserable desdichado, atormentado por una maldición que me cerraba toda posibilidad de goce.

Habíamos acordado descender el Rin en barco desde Estrasburgo hasta Rotterdam, desde donde podríamos embarcar hacia Londres. Durante este viaje, pasamos por muchas islas con sauces y vimos varios pueblos hermosos. Nos alojamos un día en Mannheim y, al quinto día desde nuestra salida de Estrasburgo, llegamos a Maguncia.

El curso del Rin, al pie de Maguncia, se vuelve mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente y serpentea entre colinas, no altas, pero sí empinadas, de hermosas formas. Vimos muchos castillos en ruinas al borde de precipicios, rodeados de bosques negros, altos e inaccesibles. Esta parte del Rin, de hecho, presenta un paisaje singularmente variado. En un punto se ven colinas escarpadas, castillos en ruinas que dominan enormes precipicios, con el oscuro Rin corriendo por debajo; y, tras el giro repentino en torno de un promontorio, ocupan la escena florecientes viñedos, con verdes orillas en declive, un río serpenteante y ciudades populosas.

Viajábamos en época de vendimia y podíamos escuchar el canto de los trabajadores mientras nos deslizábamos río abajo. Incluso yo, deprimido y con el ánimo continuamente agitado por sentimientos sombríos, me sentía complacido. Estaba echado en el fondo del bote y, mientras contemplaba el cielo

azul sin nubes, me parecía sumergirme en una tranquilidad que hacía tiempo que no conocía. Y si estas eran mis sensaciones, ¿quién podría describir las de Henry? Se sentía como transportado al país de las hadas y disfrutaba de una felicidad rara vez experimentada por el hombre.

—He podido ver los paisajes más bellos de mi país —dijo—; he visitado los lagos de Lucerna y Uri, donde las montañas nevadas descienden casi perpendicularmente al agua, proyectando sombras negras e impenetrables que causarían un aspecto lúgubre y triste, si no fuera por las islas frondosas que alegran la vista con su alegre apariencia; he visto este lago agitado por una tempestad, cuando el viento levantó remolinos de agua, lo que les dio una idea de cómo sería la tromba marina en el gran océano, y las olas azotaron con furia la base de la montaña, donde el sacerdote y su amante fueron arrastrados por una avalancha, y donde se dice que aún se escuchan sus voces moribundas entre las pausas del viento nocturno; he visto las montañas del Valais y el País de Vaud; pero este país, Victor, me complace más que todas esas maravillas.

«Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas; pero hay un encanto en las orillas de este divino río como nunca había visto. Mira ese castillo que se alza sobre ese precipicio; y también el de la isla, casi oculto entre el follaje de esos hermosos árboles; y ahora ese grupo de trabajadores que sale de entre sus viñas; y ese pueblo medio escondido en el recoveco de la montaña. Oh, sin duda, el espíritu

que habita y custodia este lugar tiene un alma más en armonía con el hombre que quienes acometen el glaciar o se retiran a las inaccesibles cumbres de las montañas de nuestro propio país.

¡Clerval! ¡Querido amigo! Incluso ahora me complace registrar sus palabras y reflexionar sobre los elogios que tan merecidamente le corresponden. Era un ser formado en la poesía misma de la naturaleza. Su imaginación salvaje y entusiasta quedaba disciplinada por la sensibilidad de su corazón. Su alma rebosaba de afectos ardientes, y su amistad era de esa naturaleza devota y maravillosa que los realistas nos enseñan a buscar sólo en la imaginación. Pero ni siquiera las simpatías humanas eran suficientes para satisfacer su mente ávida. El paisaje de la naturaleza exterior, que otros solo contemplan con admiración, él lo amaba con ardor:

*El trueno de la catarata
lo cautivaba como una pasión: la roca empinada,
la montaña y el bosque profundo y sombrío,
sus colores y sus formas, eran entonces para él
un apetito; un sentimiento y un amor,
que no necesitaba de un encanto más remoto,
provisto por el pensamiento, ni de otro interés
no prestado por la vista.*

¿Y dónde está él ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser dulce y encantador? ¿Acaso esta mente tan repleta de ideas, imaginaciones fantasiosas y magníficas, que formó un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador, ha perecido? ¿Existe ahora sólo en mi memoria? No, no es así; su figura,

tan divinamente forjada y radiante de belleza, ha decaído, pero su espíritu aún visita y consuela a su infeliz amigo.

Disculpa este arrebatado de tristeza; estas palabras ineficaces son solo un pequeño tributo a la valía sin igual de Henry, pero apaciguan mi corazón, rebotante de la angustia que crea su recuerdo. Continuaré con mi relato.

Más allá de Colonia, descendimos a las llanuras de Holanda; y decidimos confiar a una posta el resto del camino, pues el viento era contrario y la corriente del río, demasiado mansa, no nos ayudaba.

Nuestro viaje perdió el interés que suscitaba el hermoso paisaje; pero a los pocos días llegamos a Rotterdam, desde donde partimos por mar hacia Inglaterra.

Fue en una mañana despejada, a finales de diciembre, cuando se nos presentaron por primera vez los blancos acantilados de Gran Bretaña. Las orillas del Támesis ofrecían un nuevo panorama: eran llanas, pero fértiles, y casi cada pueblo estaba marcado por el recuerdo de alguna historia. Vimos el Fuerte de Tilbury y recordamos la armada española; Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los que había oído hablar incluso en mi país.

Por fin, vimos los numerosos campanarios de Londres, destacando sobre todo la catedral de San Pablo, y la Torre, famosa en la historia inglesa

Capítulo II

LONDRES FUE nuestro punto de descanso; decidimos permanecer varios meses en esta ciudad maravillosa y célebre. Clerval deseaba conocer a los hombres de genio y talento que florecían en aquella época; pero para mí esto era un objetivo secundario: me ocupaba principalmente de obtener la información necesaria para cumplir mi promesa, y rápidamente me serví de las cartas de presentación que había traído conmigo, dirigidas a los filósofos naturales más distinguidos.

Si este viaje hubiera tenido lugar durante mis días de estudio y felicidad, me habría proporcionado un placer indescriptible. Pero una peste había caído sobre mi existencia, y sólo visitaba a estas personas por la información que pudieran brindarme sobre el tema que me interesaba profundamente. La compañía me resultaba fastidiosa; cuando estaba solo, podía llenar mi mente con las visiones del cielo y la tierra; la voz de Henry me tranquilizaba, y así po-

día, mediante engaños, alcanzar una paz transitoria. Pero los rostros alegres, ocupados y aburridos, devolvían la desesperación a mi corazón. Veía una barrera infranqueable entre mis semejantes y yo; esta barrera estaba sellada con la sangre de William y Justine, y reflexionar sobre los acontecimientos relacionados con esos nombres me llenaba el alma de angustia.

Pero en Clerval veía la imagen de mi antiguo yo; era curioso y ansiaba adquirir experiencia e instrucción. La diferencia de costumbres que observaba era para él una fuente inagotable de instrucción y diversión. Estaba siempre ocupado; y el único freno a sus alegrías era mi semblante triste y abatido. Intenté disimularlo lo más posible para no privarlo de los placeres propios de quien inicia una nueva etapa en la vida, sin preocupaciones ni amargos recuerdos.

A menudo me negaba a acompañarlo, alegando otro compromiso, para poder estar solo. Ya había comenzado a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y esto era para mí como la tortura de las gotas de agua que caen continuamente sobre la cabeza. Cada pensamiento dedicado a ello era una angustia extrema, y cada palabra que pronunciaba al respecto me hacía temblar los labios y palpitarse el corazón.

Tras pasar unos meses en Londres, recibimos una carta de una persona de Escocia que anteriormente nos había visitado en Ginebra. Mencionó las bellezas de su país natal y nos preguntó si esos

atractivos no eran suficientes para inducirnos a extender nuestro viaje hasta Perth, donde residía. Clerval deseaba con entusiasmo aceptar la invitación; y yo, aunque detestaba la compañía, deseaba volver a contemplar las montañas y los arroyos, y todas las maravillas con las que la naturaleza adorna sus moradas favoritas.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y ya era febrero. Por lo tanto, decidimos emprender nuestro viaje hacia el norte al cabo de otro mes. Para esta expedición no nos propusimos seguir la gran carretera a Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, con la intención de concluir este viaje a finales de julio. Empaqué mis instrumentos químicos y los materiales que había reunido, con el propósito de terminar mis labores en algún rincón recóndito de las tierras altas del norte de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo y nos quedamos unos días en Windsor, paseando por su hermoso bosque. Este era un paisaje nuevo para nosotros, los montañeses: los robles señoriales, la abundancia de caza y las manadas de ciervos majestuosos eran toda una novedad.

De allí nos dirigimos a Oxford. Al entrar en esta ciudad, nuestra mente se llenó del recuerdo de los acontecimientos ocurridos hacía más de un siglo y medio. Fue aquí donde Carlos I reunió a sus fuerzas. Esta ciudad le permaneció fiel después de que toda la nación abandonara su causa para unirse al

estandarte del parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel desafortunado rey y sus compañeros, el amable Falkland, el insolente Gower, su reina y su hijo, confería un interés particular a cada rincón de la ciudad que se suponía habitaron.

El espíritu de los viejos tiempos había encontrado aquí su lugar, y nos deleitamos en seguir sus huellas. Aun cuando estos sentimientos no hubieran obtenido una satisfacción imaginaria, la apariencia de la ciudad tenía en sí misma suficiente belleza como para suscitar nuestra admiración. Los colegios son antiguos y pintorescos; las calles son casi magníficas; y el hermoso Isis, que fluye junto a ella a través de prados de exquisito verdor, se extiende en una plácida extensión de aguas, que refleja su majestuoso conjunto de torres, agujas y cúpulas, enclavadas entre árboles añosos.

Disfruté del paisaje; y sin embargo, mi disfrute se vio amargado tanto por el recuerdo del pasado como por la anticipación del futuro. Estoy hecho para la felicidad apacible. Durante mi juventud, el descontento nunca visitó mi mente; y si alguna vez me abrumó el aburrimiento, la visión de lo bello de la naturaleza o el estudio de lo excelente y sublime de las creaciones humanas siempre interesaban a mi corazón y le daban flexibilidad a mi espíritu.

Pero soy un árbol marchito; el rayo ha penetrado en mi alma; y sentía entonces que debía sobrevivir para exhibir lo que pronto dejaré de ser: un miserable espectáculo de humanidad destrozada, digno de lástima para los demás y aborrecible para mí.

Pasamos un tiempo considerable en Oxford, deambulando por sus alrededores y esforzándonos por identificar todo lugar que pudiera relacionarse con la época más emocionante de la historia inglesa. Nuestros breves viajes de descubrimiento a menudo se prolongaban por los sucesivos objetos que se nos presentaban. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo donde cayó ese patriota.

Por un momento, mi alma se elevó de sus temores degradantes y miserables para contemplar las divinas ideas de libertad y autosacrificio, de las cuales estas vistas eran monumento y recordatorio. Por un instante me atreví a sacudir mis cadenas y mirar a mi alrededor con un espíritu libre y altivo; pero el hierro me había carcomido la carne, y me hundí de nuevo, tembloroso y desesperanzado, en mi desdicha.

Dejamos Oxford con pesar y nos dirigimos a Matlock, nuestro próximo lugar de descanso. El paisaje de los alrededores de este pueblo se parecía, en mayor medida, al de Suiza; pero todo es de menor escala, y las verdes colinas carecen de la corona de los lejanos y blancos Alpes, que siempre acompañan a las montañas cubiertas de pinos de mi país natal. Visitamos la maravillosa cueva y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las curiosidades están dispuestas de la misma manera que en las colecciones de Servox y Chamounix. Este último nombre me hizo temblar cuando Henry lo pronunció; y me apresuré a abandonar Matlock, con el que se asociaba esa terrible escena.

Desde Derby, siguiendo hacia el norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmoreland. Casi podía imaginarme entre las montañas suizas. Las pequeñas manchas de nieve que aún persistían en las laderas septentrionales de las montañas, los lagos y el impetuoso fluir de los arroyos rocosos me eran familiares y entrañables. Aquí también trabamos algunas relaciones que casi se las ingenieron para engañarme y hacerme feliz. El deleite de Clerval fue proporcionalmente mayor que el mío; su mente se expandía en la compañía de hombres de talento, y encontraba en su propia naturaleza mayores capacidades y recursos de los que podría haber imaginado poseer al relacionarse con personas inferiores.

—Podría pasar mi vida aquí —me dijo—, y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin.

Pero descubrió que la vida de un viajero incluye mucho dolor entre sus placeres. Sus sentimientos están siempre al límite; y cuando empieza a sumergirse en el reposo, se ve obligado a abandonar aquello en lo que descansa con placer en pos de algo nuevo, que otra vez capta su atención, y que también abandona por otras novedades.

Apenas habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmoreland, y habíamos contraído afecto por algunos de sus habitantes, cuando se acercó la fecha de nuestra cita con nuestro amigo escocés, y los dejamos para seguir viaje. Por mi parte, no lo lamentaba. Había incumplido mi promesa du-

rante un tiempo, y temía las consecuencias de la decepción del demonio. Podría quedarse en Suiza y vengarse de mis parientes. Esta idea me perseguía y me atormentaba a cada instante, cuando de otro modo habría podido obtener reposo y paz. Esperaba mis cartas con febril impaciencia: si se retrasaban, me sentía angustiado y me embargaban mil temores; y cuando llegaban y veía la firma de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerlas y confirmar mi destino.

A veces pensaba que el demonio me seguía y podría aprovechar mi descuido para asesinar a mi compañero. Cuando estos pensamientos me dominaban, no abandonaba a Henry ni un instante, sino que lo seguía como su sombra, para protegerlo de la supuesta furia de su destructor. Me sentía como si hubiera cometido un gran crimen, cuya conciencia me atormentaba. Era inocente, pero en realidad había atraído sobre mi cabeza una horrible maldición, tan mortal como la del crimen.

Visité Edimburgo con ojos y mente distraídos; y, sin embargo, esa ciudad era capaz de interesar al más infortunado. A Clerval no le gustó tanto como Oxford; pues la antigüedad de esta última le resultaba más agradable. Pero la belleza y la regularidad de la nueva ciudad de Edimburgo, su romántico castillo y sus alrededores, los más encantadores del mundo; la Sede de Arturo, el Pozo de San Bernardo y las colinas de Pentland, le compensaron el cambio y lo llenaron de alegría y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al final de mi viaje.

Salimos de Edimburgo una semana después, pasando por Coupar, St. Andrews y recorriendo las orillas del Tay hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no estaba de humor para reír y hablar con desconocidos, ni para participar de sus entusiasmos o propósitos con el buen ánimo que se espera de un invitado; así que le dije a Clerval que deseaba hacer el recorrido por Escocia solo.

—Diviértete —le dije—, y volvamos a encontrarnos aquí. Puede que esté ausente un mes o dos; pero no interfieras en mis planes, te lo ruego: déjame en paz y soledad por un corto tiempo; y cuando regrese, espero hacerlo con el corazón más ligero, más afín a tu estado de ánimo.

Henry quiso disuadirme, pero al verme empeñado en este plan, dejó de protestar. Me rogó que escribiera a menudo.

—Preferiría acompañarte en tus solitarios paseos que estar con estos escoceses, a quienes no conozco —dijo—; date prisa, querido amigo, en volver, para que pueda sentirme de nuevo como en casa, lo cual no puedo hacer en tu ausencia.

Después de separarme de mi amigo, decidí visitar algún lugar remoto de Escocia y terminar mi trabajo en soledad. No dudaba de que el monstruo me seguiría y se aparecería cuando hubiera terminado, para recibir a su compañera.

Con esta resolución, atravesé las tierras altas del norte y me establecí mi lugar de trabajo en una de

las islas Orcadas más remotas. Era un lugar idóneo para la tarea, poco más que una roca cuyos flancos eran continuamente batidos por las olas. El suelo era árido, apenas si ofrecía pasto para unas tristes vacas, o avena para sus habitantes, cinco personas cuyas extremidades flacas y escuálidas daban fe de su pobre alimentación. Las verduras y el pan, cuando se permitían tales lujos, e incluso el agua dulce, debían conseguirse de tierra firme, que estaba a unas cinco millas de distancia.

En toda la isla solo había tres chozas lamentables, y una de ellas estaba vacía cuando llegué. La alquilé. Contenía solo dos habitaciones, que exhibían toda la estrechez de la más miserable penuria. El techo de paja se había derrumbado, las paredes estaban sin revocar y la puerta se había salido de sus goznes. Mandé repararla, compré algunos muebles y tomé posesión; un incidente que, sin duda, habría causado cierta sorpresa si los sentidos de los aldeanos no hubieran estado embotados por la necesidad y la pobreza extrema. Así las cosas, viví sin que nadie me mirara ni me molestara, apenas agradecidos por la miseria de comida y ropa que les di; a tal punto embota el sufrimiento incluso las sensaciones más groseras de los hombres.

En este retiro, dedicaba la mañana al trabajo; pero al anochecer, cuando el tiempo lo permitía, caminaba por la playa pedregosa del mar para escuchar el rugido de las olas, que se estrellaban a mis pies. Era un paisaje monótono, pero siempre cam-

biente. Pensé en Suiza, tan diferente de este escenario desolado y aterrador. Sus colinas están cubiertas de vides, y sus casas se extienden en abundancia por las llanuras. Sus hermosos lagos reflejan un cielo azul y apacible; y, cuando los vientos los agitan, su tumulto es como el juego de un niño pequeño, comparado con los rugidos del gigantesco océano.

Así distribuí mis ocupaciones al llegar; pero, a medida que avanzaba en mi trabajo, se me hacía cada día más horrible y fastidioso. A veces no me animaba a entrar en mi laboratorio durante varios días; y otras veces trabajaba día y noche para terminar mi trabajo. Era, en efecto, un proceso asqueroso en el que estaba involucrado. Durante mi primer experimento, una especie de frenesí entusiasta me había cegado al horror de mi trabajo; mi mente estaba fija en el resultado y mis ojos cerrados al horror de mis procedimientos. Pero ahora me entregaba a él con sangre fría, y a menudo mi corazón sentía repugnancia por el trabajo de mis manos.

Así situado, ocupado en la ocupación más detestable, inmerso en una soledad donde nada podía apartar mi atención ni por un instante de la escena en la que me encontraba, mi ánimo se volvió inestable; me volví cada vez más inquieto y nervioso. A cada momento temía encontrarme con mi perseguidor. A veces me sentaba con la mirada fija en el suelo, y no me atrevía a alzarla por si topaba con el objeto que tanto temía contemplar. Tampoco quería quedar fuera de la vista de mis semejantes, pensando

♦ Frankenstein III

que vendría a reclamar a su compañera cuando me encontrara solo.

Mientras tanto, seguía trabajando, y mi labor ya estaba considerablemente avanzada. Esperaba su finalización con una trémula y ansiosa esperanza, que no me atrevía a cuestionar, pero que se entremezclaba con oscuros presentimientos de maldad que me estrujaban el corazón.

Capítulo III

ME ENCONTRABA una tarde sentado en mi laboratorio; el sol se había puesto y la luna apenas salía del mar; no tenía suficiente luz para mi trabajo, y permanecí sin hacer nada, meditando si debía abandonar mis labores esa noche o acelerar su conclusión con una atención constante. En esas circunstancias, me vi asaltado por una serie de reflexiones que me llevaron a considerar las consecuencias de lo que estaba haciendo.

Tres años antes me había consagrado a la misma tarea, sólo para crear un demonio cuya barbarie sin igual había desolado mi corazón y lo había llenado para siempre del más amargo remordimiento. Ahora estaba a punto de crear otro ser, cuyas disposiciones desconocía por completo: podría volverse diez mil veces más maligna que su compañero y deleitarse, para su propio placer, en el asesinato y la desgracia.

Él había jurado abandonar la vecindad del hombre y esconderse en los desiertos, pero ella no; y ella,

que con toda probabilidad se convertiría en un animal pensante y razonador, podría negarse a cumplir un pacto hecho antes de su creación. Incluso podrían odiarse; la criatura que ya vivía aborrecía su propia deformidad, ¿y no podría concebir un aborrecimiento mayor cuando apareciera ante sus ojos en forma femenina? Ella también podría alejarse con repugnancia de él ante la belleza superior del hombre; podría abandonarlo, y él volvería a estar solo, exasperado por el nuevo agravio de ser rechazado por alguien de su propia especie.

Incluso si abandonaran Europa y habitaran los desiertos del nuevo mundo, uno de los primeros resultados de esas simpatías que ansiaba el demonio serían hijos, y una raza de demonios se propagaría sobre la tierra, haciendo de la existencia misma de la especie humana una condición precaria y aterradora.

¿Tenía derecho, por mi propio beneficio, a infligir esta maldición a generaciones eternas? Antes me habían conmovido los sofismas del ser que había creado; sus diabólicas amenazas me habían dejado sin sentido; pero ahora, por primera vez, la maldad de mi promesa me asaltó; me estremecí al pensar que las épocas futuras podrían maldecirme como su plaga, cuyo egoísmo no había dudado en comprar su propia paz a costa quizás de la existencia de toda la raza humana.

Temblé y mi corazón se desplomó; entonces, al levantar la vista, vi, a la luz de la luna, al demonio

en la ventana. Una sonrisa fantasmal arrugó sus labios al observarme, mientras yo estaba sentado cumpliendo la tarea que me había encomendado. Sí, me había seguido en mis viajes; había vagado por bosques, se había escondido en cuevas o se había refugiado en vastos y desérticos brezales; y ahora venía a controlar mi progreso y reclamar el cumplimiento de mi promesa.

Al mirarlo, su semblante expresaba el colmo de la maldad y la traición. Pensé con locura en mi promesa de crear a otro como él y, temblando de emoción, destrocé aquello en lo que estaba ocupado. El desgraciado me vio destruir la criatura de cuya futura existencia dependía su felicidad y, con un aullido de diabólica desesperación y venganza, se retiró.

Salí del cuarto y, cerrando la puerta con llave, hice la solemne promesa en mi corazón de no reanudar jamás mis labores; y entonces, con paso tembloroso, busqué mi habitación. Estaba solo; no había nadie cerca para disipar la tristeza y aliviarme de la repugnante opresión de las más terribles fantasías.

Pasaron varias horas, durante las que permanecí junto a la ventana contemplando el mar; estaba casi inmóvil, pues los vientos habían amainado y la naturaleza reposaba bajo la luz de la luna serena. Unos pocos barcos pesqueros salpicaban el agua, y de vez en cuando la suave brisa traía el sonido de voces de pescadores que se llamaban entre sí. Sentí el silencio, aunque apenas era consciente de su extrema hondura; de repente, mi oído despertó al batir

de unos remos cerca de la orilla, y una persona desembarcó cerca de mi casa.

Minutos después, oí un crujido en mi puerta, como si alguien intentara abrirla suavemente. Temblé de pies a cabeza; presentí quién era y quise despertar a uno de los campesinos que vivían en una cabaña no lejos de la mía; pero me invadió esa sensación de impotencia, tan a menudo experimentada en sueños aterradores, cuando uno intenta en vano huir de un peligro inminente y queda clavado en el suelo.

De pronto oí pasos por el pasillo; la puerta se abrió y apareció el desgraciado al que temía. Cerrando la puerta, se acercó a mí y dijo, con voz apagada:

—Has destruido la obra que comenzaste; ¿qué pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He soportado trabajos y miserias: dejé Suiza contigo; me arrastré por las orillas del Rin, entre sus islas de sauces y sobre las cimas de sus colinas. He vivido muchos meses en los brezales de Inglaterra y en los desiertos de Escocia. He soportado una fatiga, un frío y un hambre incalculables; ¿te atreves acaso a destruir mis esperanzas?

—¡Vete! Rompo mi promesa; jamás crearé a otro como tú, igual en deformidad y maldad.

—Esclavo, ya razoné contigo, pero has demostrado ser indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo poder; te crees desdichado, pero puedo hacerte tan desgraciado que la luz del día te resultará odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo: ¡obedece!

—La hora de mi debilidad ha pasado, y el período de tu poder se ha agotado. Tus amenazas no pueden incitarme a cometer un acto de maldad; pero me confirman en la resolución de no crearte una compañera de vicio. ¿Acaso, con total sangre fría, desataré sobre la tierra un demonio que se deleita en la muerte y la desgracia? ¡Fuera! Lo digo con firmeza, y tus palabras sólo exasperarán mi ira.

El monstruo vio mi determinación en mi rostro y rechinó los dientes con la impotencia de la ira.

—¿Acaso deberá cada hombre —exclamó— encontrar una esposa para su seno, y cada bestia tener su compañera, y yo quedarme solo? Abrigué sentimientos de afecto, y fueron correspondidos con desprecio y burla. Hombre, puedes odiar; ¡pero ten cuidado! Vivirás tus horas en el terror y la desdicha, y pronto caerá el rayo que te arrebatará tu felicidad para siempre. ¿Crees que podrás ser feliz mientras yo me hundo en la intensidad de mi desgracia? Podrás destruir mis otras pasiones; pero la venganza permanece; la venganza, ¡de ahora en adelante más querida que la luz o la comida! Podré morir; pero antes tú, mi tirano y torturador, maldecirás al sol que contempla tu desgracia. Ten cuidado; porque soy intrépido y, por lo tanto, poderoso. Velaré con la astucia de una serpiente, para poder picar con su veneno. Hombre, te arrepentirás de las heridas que infliges.

—¡Calla, demonio! No envenenes el aire con estos sonidos de maldad. Te he dejado en claro mi re-

solución, y no soy un cobarde que se doblegue ante las palabras. Vete; soy inexorable.

—Está bien. Me voy; pero recuerda que estaré contigo en tu noche de bodas.

Di un paso adelante y exclamé:

—¡Villano! Antes de firmar mi sentencia de muerte, asegúrate de ponerte a salvo.

Quise atraparlo, pero me esquivó y abandonó la casa precipitadamente. En pocos instantes lo vi en su bote, que surcó las aguas con la velocidad de una flecha y pronto se perdió entre las olas.

Todo quedó en silencio de nuevo; pero sus palabras resonaron en mis oídos. Ardía de rabia por perseguir al asesino de mi paz y precipitarlo al océano. Recorrí mi habitación apresurado y perturbado, mientras mi imaginación evocaba mil imágenes que me atormentaban y me dolían. ¿Por qué no lo había seguido y me había enfrentado a él en una lucha mortal? Pero le había permitido partir, y él había puesto rumbo a tierra firme. Me estremecí al pensar quién sería la próxima víctima sacrificada a su insaciable venganza.

Y entonces volví a pensar en sus palabras: «Estaré contigo en tu noche de bodas». Ese era entonces el plazo fijado para el cumplimiento de mi destino. En esa hora moriría, y de inmediato satisfaría y extinguiría su maldad. La perspectiva no me infundía temor; Sin embargo, cuando pensé en mi amada Elizabeth, en sus lágrimas y su interminable

dolor al ver que su amante le había sido arrebatado tan bárbaramente, las lágrimas, las primeras que derramaba en muchos meses, brotaron de mis ojos, y decidí no caer ante mi enemigo sin combatirlo encarnizadamente.

Pasó la noche y el sol se elevó del océano; mis sentimientos se calmaron, si es que se puede llamar calma cuando la violencia de la rabia se hunde en las profundidades de la desesperación. Salí de la casa, horrible escenario de la contienda de la noche anterior, y caminé por la playa, que casi consideraba una barrera infranqueable entre mis semejantes y yo; es más, el deseo de que así fuera me invadió. Deseaba pasar mi vida en esa roca estéril, con cansancio, es cierto, pero sin que me interrumpiera ninguna repentina conmoción de desgracia. Si regresaba, sería para ser sacrificado, o para ver a mis seres queridos morir bajo las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Caminé por la isla como un espectro inquieto, separado de todo lo que amaba, y angustiado por la separación. Cuando llegó el mediodía y el sol ascendió, me tumbé en la hierba y me invadió un sueño profundo. Había estado despierto toda la noche, con los nervios agitados y los ojos inflamados por la vigilia y la tristeza. El sueño en el que me hundí me refrescó; y al despertar, volví a sentirme como si perteneciera a una raza de seres humanos como yo, y comencé a reflexionar sobre lo sucedido con mayor serenidad; sin embargo, las palabras del demonio seguían reso-

nando en mis oídos como una sentencia de muerte; parecían un sueño, pero nítidas y opresivas como la realidad.

El sol ya se había puesto, y yo seguía sentado en la orilla, saciando mi apetito voraz con un pastel de avena, cuando vi un barco pesquero que atracaba cerca de mí, y uno de los hombres me trajo un paquete; contenía cartas de Ginebra y una de Clerval, en la que pedía que me uniera a él. Decía que había pasado casi un año desde que dejamos Suiza, y que todavía no habíamos visitado Francia. Me rogaba, por lo tanto, que abandonara mi isla solitaria y me reuniera con él en Perth, en el plazo de una semana, para que pudiéramos planificar nuestro futuro viaje. Esta carta me devolvió a la vida en cierto modo, y decidí abandonar mi isla al cabo de dos días.

Sin embargo, antes de partir, tenía una tarea que realizar, cuya sola idea me estremecía: debía empacar mis instrumentos químicos; y para ello entrar en la habitación que había sido escenario de mi odioso trabajo y manipular esos utensilios, cuya vista me resultaba repugnante. A la mañana siguiente, al amanecer, me armé de valor y abrí la puerta del laboratorio. Los restos de la criatura a medio terminar, a la que había destruido, yacían esparcidos por el suelo, y casi sentí como si hubiera destrozado la carne viva de un ser humano. Me detuve para recomponerme y luego entré en el cuarto. Con mano temblorosa, saqué los instrumentos de la habitación; pero pensé que no debía dejar que los restos de

mi trabajo despertaran el horror y la sospecha de los campesinos, así que los metí en una cesta, junto con una gran cantidad de piedras, y, amontonándolos, decidí arrojarlos al mar esa misma noche. Y mientras tanto me senté en la playa, ocupado en limpiar y ordenar mi aparato químico.

Nada podría ser más drástico que el cambio que se había operado en mis sentimientos desde la noche de la aparición del demonio. Antes consideraba mi promesa con sombría desesperación, como algo que, cualesquiera fueran las consecuencias, debía cumplirse; pero ahora sentía como si me hubieran quitado un velo de los ojos, y que, por primera vez, podía ver con claridad. La idea de reanudar mis labores no se me ocurrió ni por un instante; la amenaza que había escuchado pesaba en mis pensamientos, pero no se me ocurría que un acto voluntario mío pudiera evitarla. Había resuelto que la creación de otro demonio como el primero sería un acto del más bajo y atroz egoísmo; y aparté de mi mente todo pensamiento capaz de llevarme a una conclusión diferente.

Entre las dos y las tres de la mañana salió la luna; y entonces, subiendo mi cesta a un pequeño esquiife, me alejé a unas cuatro millas de la costa. El paisaje era completamente solitario: algunos botes regresaban a tierra, pero tomé distancia de ellos. Sentía como si estuviera a punto de cometer un crimen terrible y evitaba con estremecedora ansiedad cualquier encuentro con mis semejantes. En un mo-

mento dado, la luna, que antes había estado clara, se vio repentinamente cubierta por una espesa nube, y aproveché el momento de oscuridad para arrojar mi cesta al mar; escuché el gorgoteo al hundirse y luego me alejé del lugar. El cielo se nubló; pero el aire era puro, aunque frío por la brisa del noreste que entonces se levantaba. Pero me refrescó y me llenó de sensaciones tan agradables que decidí prolongar mi estancia en el agua y, fijando el timón en posición recta, me tendí en el fondo del bote. Las nubes ocultaban la luna, todo estaba oscuro, y solo oía el sonido del bote cuando la quilla cortaba las olas; el murmullo me arrulló y al poco rato dormía profundamente.

No sé cuánto tiempo permanecí en esta situación, pero al despertarme, vi que el sol ya había ascendido considerablemente. El viento era fuerte y las olas amenazaban constantemente la seguridad de mi pequeño esquife. Descubrí que el viento era del noreste y debía de haberme alejado de la costa desde la que había embarcado. Intenté cambiar de rumbo, pero pronto descubrí que si lo volvía a intentar, el bote se inundaría al instante. En esta situación, mi único recurso era navegar a favor del viento.

Confieso que experimenté algunas sensaciones de terror. No llevaba brújula y conocía tan poco la geografía de esta parte del mundo que el sol me servía de poco. Podría ser arrastrado al ancho Atlántico y sentir todas las torturas del hambre, o ser tragado por las inconmensurables aguas que rugían y azota-

ban a mi alrededor. Ya llevaba muchas horas fuera y sentía el tormento de una sed abrasadora, preludio de mis otros sufrimientos. Miré el cielo, cubierto de nubes que se movían al viento solo para ser reemplazadas por otras; miré el mar, que sería mi tumba.

—¡Demonio! —exclamé—, ¡tu tarea ya está cumplida!

Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval; y me hundí en un ensueño tan desesperante y aterrador que incluso ahora, cuando la escena está a punto de cerrarse ante mí para siempre, me estremezco al reflexionar sobre ella.

Así pasaron algunas horas; pero poco a poco, a medida que el sol descendía hacia el horizonte, el viento amainó, convirtiéndose en una suave brisa, y el mar quedó libre de rompientes. Pero estas dieron paso a un fuerte oleaje; me sentía mareado, y apenas podía sostener el timón, cuando de repente vi una línea de tierra alta hacia el sur.

Casi agotado, como estaba, por la fatiga y la terrible incertidumbre que soporté durante varias horas, esta repentina certeza de vida inundó mi corazón como un torrente de cálida alegría, y las lágrimas brotaron de mis ojos.

¡Qué cambiantes son nuestros sentimientos, y qué extraño ese aferrado amor que sentimos por la vida, incluso en el extremo de la desdicha! Construí otra vela con una parte de mi ropa y con ansiedad

puse rumbo hacia tierra. Tenía un aspecto agreste y rocoso; pero al acercarme, percibí fácilmente los rastros de cultivo. Vi barcos cerca de la orilla y me sentí repentinamente transportado de vuelta a la vecindad del hombre civilizado. Recorrí con avidez los recodos de la costa y me dirigí a un campanario que finalmente vi surgir tras un pequeño promontorio.

Como me encontraba en un estado de extrema debilidad, decidí navegar directamente hacia el pueblo, pues era el lugar donde podría alimentarme con mayor facilidad. Por suerte, llevaba dinero. Al rodear el promontorio, vi un pequeño pueblo limpio y un buen puerto, al que entré, con el corazón latiendo de alegría por mi inesperada salvación.

Mientras me ocupaba en arreglar el bote y colocar las velas, varias personas se acercaron al lugar. Parecían muy sorprendidas por mi apariencia; pero, en lugar de ofrecerme ayuda, susurraron con gestos que en cualquier otro momento me habrían causado una ligera sensación de alarma. De hecho, simplemente noté que hablaban inglés; así que me dirigí a ellos en ese idioma:

—Mis buenos amigos —les dije—, ¿serían tan amables de decirme el nombre de este pueblo y de informarme dónde estoy?

—Lo sabrás pronto —respondió un hombre con voz ronca—. Puede que hayas llegado a un lugar que no te guste mucho; pero no se te pedirá opinión sobre tu alojamiento, eso te lo aseguro.

Me sorprendió enormemente recibir una respuesta tan grosera de un desconocido; y también me desconcertó ver el ceño fruncido y la ira de sus compañeros.

—¿Por qué me responden con tanta brusquedad? Seguramente no es costumbre de los ingleses recibir a los extranjeros de forma tan inhospitalaria.

—No sé cuáles son las costumbres de los ingleses; pero los irlandeses tienen la costumbre de odiar a los villanos.

Mientras continuaba este extraño diálogo, noté que la multitud aumentaba rápidamente. Sus rostros expresaban una mezcla de curiosidad e ira, lo que me molestó y, en cierto modo, me alarmó. Pregunté el camino a la posada, pero nadie respondió. Entonces avancé, y un murmullo surgió de la multitud mientras me seguían y me rodeaban; entonces, un hombre de aspecto desagradable se acercó, me tocó el hombro y dijo:

—Venga, señor, debe acompañarme a casa del señor Kirwin para que rinda cuentas con él.

—¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué tengo que rendir cuentas? ¿No es éste un país libre?

—Sí, señor, bastante libre para la gente honesta. El señor Kirwin es magistrado; y debe usted dar cuenta de la muerte de un caballero que fue encontrado asesinado aquí anoche.

Esta respuesta me sobresaltó, pero enseguida me recuperé. Era inocente; eso podía demostrarse fácil-

mente; así pues, seguí a mi guía en silencio y me condujeron a una de las mejores casas del pueblo.

Estaba a punto de desfallecer de fatiga y hambre; pero, rodeado de una multitud, pensé que sería prudente reunir todas mis fuerzas para que ninguna debilidad física se interpretara como aprensión o culpa consciente. Poco esperaba entonces la calamidad que en pocos momentos me abrumaría y extinguiría con horror y desesperación todo temor a la ignominia o a la muerte.

Debo detenerme aquí; pues se requiere toda mi fortaleza para recordar los espantosos sucesos que voy a relatar, con el debido detalle, y según los recuerdos.

Capítulo IV

BIEN PRONTO me encontré en presencia del magistrado, un anciano benévolo, de modales tranquilos y apacibles. Sin embargo, me miró con cierta severidad; y luego, volviéndose hacia mis acompañantes, preguntó quiénes comparecían como testigos en esta ocasión.

Aproximadamente media docena de hombres se adelantaron, y uno de ellos, seleccionado por el magistrado, declaró que había estado pescando la noche anterior con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, cuando, alrededor de las diez, observaron que se intensificaba una fuerte ráfaga del norte, por lo que pusieron rumbo a puerto. Era una noche muy oscura, pues la luna aún no había salido; no desembarcaron en el puerto, sino, como de costumbre, en una ensenada unas dos millas más abajo. Él había tomado la delantera, llevando parte del aparejo de pesca, y sus compañeros lo seguían a cierta distancia. Mientras avanzaba por la arena, tropezó con algo y

cayó al suelo cuan largo era. Sus compañeros se acercaron para ayudarlo; y, a la luz de su linterna, descubrieron que había caído sobre el cuerpo de un hombre, que aparentemente estaba muerto.

Su primera suposición fue que se trataba del cadáver de alguien que se había ahogado y había sido arrojado a la orilla por las olas; pero, al examinarlo, descubrieron que la ropa no estaba mojada, e incluso que el cuerpo no estaba frío. Inmediatamente lo llevaron a la cabaña de una anciana cercana al lugar e intentaron, en vano, resucitarlo. Parecía ser un joven apuesto, de unos veinticinco años. Al parecer, había sido estrangulado, pues no había señales de violencia, salvo una marca negra de dedos en su cuello.

La primera parte de esta declaración no me interesó en lo más mínimo; pero cuando se mencionó la marca de los dedos, recordé el asesinato de mi hermano y me sentí extremadamente agitado; me temblaban las extremidades y se me nublaron los ojos, lo que me obligó a apoyarme en una silla. El magistrado me observó con atención y, por supuesto, dedujo un mal augurio de mi actitud.

El hijo confirmó el relato de su padre; pero cuando llamaron a Daniel Nugent, juró con certeza que, justo antes de la caída de su compañero, había visto un bote con un solo hombre a poca distancia de la orilla; y que, por lo que podía juzgar a la luz de algunas estrellas, se trataba del mismo bote del que yo acababa de desembarcar.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa y que estaba a la puerta de su cabaña esperando el regreso de los pescadores, aproximadamente una hora antes de enterarse del hallazgo del cuerpo, cuando vio una barca, con un solo hombre a bordo, alejarse de la orilla donde posteriormente se encontró el cadáver.

Otra mujer confirmó que los pescadores habían llevado el cuerpo a su casa; no estaba frío. Lo pusieron en una cama y lo frotaron; y Daniel fue al pueblo a buscar un boticario, pero ya la vida lo había abandonado.

Se interrogó a varios hombres sobre mi desembarco y coincidieron en que, con el fuerte viento del norte que se había levantado durante la noche, era muy probable que hubiera estado dando vueltas durante muchas horas y me hubiera visto obligado a regresar casi al mismo lugar de donde partí. Además, observaron que, al parecer, había traído el cuerpo de otro lugar, y era probable que, al no conocer la costa, hubiera llegado al puerto sin saber la distancia entre el pueblo de — y el lugar donde había depositado el cadáver.

El señor Kirwin, al oír esta declaración, solicitó que me llevaran a la habitación donde yacía el cuerpo para su entierro, para que se observara el efecto que me produciría verlo. Esta idea probablemente surgió de la extrema agitación que mostré cuando se describió el modo del asesinato. En consecuencia, el magistrado y varias otras personas me condujeron a

la posada. No pude evitar sentirme impresionado por las extrañas coincidencias que habían tenido lugar durante esa noche memorable; pero, sabiendo que había estado conversando con varias personas en la isla donde había vivido, aproximadamente en el momento en que se encontró el cuerpo, estaba completamente tranquilo en cuanto a las consecuencias del asunto.

Entré en la habitación donde yacía el cadáver y me llevaron hasta el ataúd. ¿Cómo puedo describir mis sensaciones al contemplarlo? Todavía me siento sobrecogido de horror, y no puedo reflexionar sobre ese terrible momento sin estremecerme y sentir una agonía que me recuerda vagamente la angustia del reconocimiento. El juicio, la presencia del magistrado y los testigos, se desvanecieron como un sueño en mi memoria cuando vi el cuerpo sin vida de Henry Clerval tendido ante mí. Quedé sin aliento y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé:

—¿Acaso mis maquinaciones asesinas te han privado también a ti de la vida, mi querido Henry? Ya he destruido a dos; otras víctimas esperan su destino: pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...

Mi cuerpo no pudo soportar el agonizante sufrimiento que padecía, y me sacaron de la habitación sacudido por fuertes convulsiones.

A esto le siguió la fiebre. Estuve dos meses al borde de la muerte: mis delirios, como supe después, eran espantosos; me consideraba el asesino de William, de Justine y de Clerval. A veces suplicaba a

mis acompañantes que me ayudaran a destruir al demonio que me atormentaba; y, en otras ocasiones, sentía los dedos del monstruo agarrándome del cuello y gritaba de agonía y terror. Por suerte, como hablaba mi lengua materna, solo el señor Kirwin me entendía; pero mis gestos y mis amargos gritos bastaron para asustar a los demás testigos.

¿Por qué no morí yo? Más desgraciado que cualquier otro hombre, ¿por qué no me hundí en el olvido y el reposo? La muerte arrebató a muchos hijos en la flor de la edad, únicas esperanzas de sus padres enamorados: ¡cuántas novias y jóvenes amantes han estado un día rebosantes de salud y esperanza, y al siguiente presa de los gusanos y la descomposición de la tumba! ¿De qué materiales estaba hecho yo para poder resistir tantos choques que, como el girar de la rueda, renovaban continuamente la tortura?

Pero estaba condenado a vivir y, dos meses después, me encontré como despertando de un sueño, en una prisión, tendido en una cama miserable, rodeado de carceleros, cerrojos y todo el desgraciado aparato de una mazmorra.

Era de mañana, recuerdo, cuando desperté a la comprensión: había olvidado los detalles de lo sucedido, y solo sentía como si una gran desgracia me hubiera abrumado repentinamente. Pero cuando miré a mi alrededor y vi las ventanas enrejadas y la miseria de la habitación en la que me encontraba, todo me volvió a la memoria y gemí amargamente.

Este sonido perturbó a una anciana que dormía en una silla a mi lado. Era una enfermera contratada, esposa de uno de los carceleros, y su rostro reflejaba todas las malas cualidades que suelen caracterizar a esa clase. Las líneas de su rostro eran duras y rudas, como las de personas acostumbradas a contemplar la desgracia sin compasión. Su tono expresaba total indiferencia; se dirigió a mí en inglés, y su voz me pareció la que había oído durante mis sufrimientos:

—¿Se encuentra mejor, señor? —dijo.

Respondí en el mismo idioma, con voz débil:

—Creo que sí; pero si todo es cierto, si de verdad no soñé, lamento estar aún vivo para experimentar esta desdicha y este horror.

—Por cierto —respondió la anciana—, si te refieres al caballero que asesinaste, creo que te sería mejor estar muerto, porque me imagino que debe ser algo insoportable; pero te colgarán cuando se reanuden las sesiones. Sin embargo, eso no es asunto mío; me enviaron para cuidarte y curarte; cumplo con mi deber con la conciencia tranquila, y sería mejor que todos hicieran lo mismo.

Me aparté con repugnancia de la mujer capaz de pronunciar un discurso tan insensible a una persona recién salvada, al borde de la muerte; pero me sentía lánguido, incapaz de reflexionar sobre todo lo que había pasado. Toda mi vida me parecía un sueño; a veces dudaba de si era real, pues nunca se presentaba a mi mente con la fuerza de la realidad.

A medida que las imágenes que flotaban ante mí se hacían más nítidas, sentía fiebre; una oscuridad me oprimía; no había nadie cerca que me consolara con la dulce voz del amor; ninguna mano querida que me sostuviera. El médico vino y me recetó medicinas, y la anciana me las preparó; pero la absoluta indiferencia era visible en el primero, y la expresión de brutalidad se notaba con fuerza en el rostro de la segunda. ¿A quién podría interesarle el destino de un asesino, sino al verdugo que cobraría sus honorarios?

Estas fueron mis primeras reflexiones; pero pronto me di cuenta de que el señor Kirwin me había demostrado una gran amabilidad. Había hecho que me prepararan la mejor habitación de la prisión (la mejor, sin duda, era miserable); y fue él quien me proporcionó un médico y una enfermera. Es cierto que rara vez venía a verme; pues, aunque deseaba ardientemente aliviar el sufrimiento de toda criatura humana, no quería presenciar la agonía y los lamentables desvaríos de un asesino. Por lo tanto, venía a veces para asegurarse de que no me descuidaran; pero sus visitas eran breves y con largos intervalos.

Un día, mientras me recuperaba poco a poco, estaba sentado en una silla, con los ojos entreabiertos y las mejillas lívidas como las de la muerte. Me invadía la tristeza y la desdicha, y a menudo reflexionaba si no era mejor buscar la muerte que permanecer miserablemente encerrado solo para ser liberado en un mundo lleno de maldad. En un momento con-

sideré si no debía declararme culpable y sufrir el castigo de la ley, menos inocente que la pobre Justine. Tales eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta de mi aposento y entró el señor Kirwin. Su semblante expresaba simpatía y compasión; acercó una silla a la mía y me habló en francés:

—Me temo que este lugar le resulta muy chocante; ¿puedo hacer algo para que se sienta más cómodo?

—Le agradezco; pero todo lo que menciona no me importa nada: en toda la tierra no hay consuelo que pueda recibir.

—Sé que la compasión de un extraño puede ser de poco alivio para alguien abatido como usted por tan extraña desgracia. Pero espero que pronto abandone esta triste morada; pues, sin duda, se podrá fácilmente obtener pruebas que lo liberen de la acusación criminal.

—Esa es mi menor preocupación: por una serie de extraños acontecimientos, me he convertido en el más desgraciado de los mortales. Perseguido y torturado como estoy y como lo he estado, ¿puede la muerte representar algún mal para mí?

—Nada podría por cierto ser más desafortunado y angustioso que los extraños sucesos ocurridos últimamente. Usted fue arrojado, por un sorprendente accidente, a esta costa, famosa por su hospitalidad; fue apresado de inmediato y acusado de asesinato. Lo primero que vio fue el cuerpo de su amigo, asesinado de una manera tan inexplicable, y puesto en

su camino por algún demonio, por decirlo de algún modo.

A pesar de la agitación que me producía esta retrospectiva de mis sufrimientos, estas palabras del señor Kirwin también me causaron una considerable sorpresa por lo que parecía saber de mí. Supongo que mi rostro reflejaba cierto asombro, pues el señor Kirwin se apresuró a decir:

—No fue hasta un día o dos después de tu enfermedad que pensé en examinar tu ropa para encontrar alguna pista que me permitiera enviar a tus familiares un relato de tu desgracia y enfermedad. Encontré varias cartas, y entre otras, una que, por su origen, descubrí que era de tu padre. Escribí de inmediato a Ginebra: han pasado casi dos meses desde que envié mi carta... Pero estás enfermo; incluso ahora tiembles: no estás preparado para ningún tipo de agitación.

—Esta incertidumbre es mil veces peor que el acontecimiento más horrible: dime qué nueva escena macabra se ha representado y de quién debo lamentar el asesinato.

—Tu familia está perfectamente bien —dijo el señor Kirwin con dulzura—; y alguien, un amigo, ha venido a visitarte.

No sé por qué cadena de pensamientos se me ocurrió la idea, pero al instante me asaltó la convicción de que el asesino había venido a burlarse de mi desgracia y a provocarme con la muerte de Clerval, como una nueva incitación para que cumpliera sus

deseos infernales. Me tapé los ojos con la mano y grité con agonía:

—¡Oh! ¡Llévenselo! ¡No quiero verlo! ¡Por Dios, no lo dejen entrar!

El señor Kirwin me miró con semblante preocupado. No pudo evitar interpretar mi exclamación como una presunción de mi culpabilidad y dijo, en un tono bastante severo:

—Habría pensado, joven, que la presencia de su padre sería bienvenida, en lugar de inspirarle tan violenta repugnancia.

—¡Mi padre! —grité, mientras cada rasgo y cada músculo se relajaban, pasando de la angustia al placer—. ¿De verdad ha venido mi padre? ¡Qué amable, qué amable! Pero ¿dónde está? ¿Por qué no viene corriendo a verme?

Mi cambio de actitud sorprendió y complació al magistrado; quizá pensó que mi exclamación anterior había sido un regreso momentáneo al delirio, y al instante recuperó su anterior benevolencia. Se levantó y salió de la habitación con mi enfermera, y al instante entró mi padre.

Nada, en ese momento, podría haberme dado mayor placer que la llegada de mi padre. Le tendí la mano y grité:

—¿Están bien, Elizabeth y Ernest?

Mi padre me tranquilizó dándome seguridades sobre su bienestar e intentó animarme, demorándo-

se en estos temas tan gratos a mi corazón; pero pronto comprendió que una prisión no puede ser el lugar de la alegría.

—¡Qué lugar es este en el que vives, hijo mío! —dijo, mirando con tristeza las ventanas enrejadas y el aspecto deplorable de la habitación—. Viajaste en busca de la felicidad, pero la fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval...

El nombre de mi desafortunado y asesinado amigo me conmovió demasiado en mi estado de debilidad; derramé lágrimas.

—¡Ay! Sí, padre mío —respondí—; un destino terrible se cierne sobre mí, y debo vivir para cumplirlo, pues de lo contrario habría muerto seguramente sobre el ataúd de Henry.

No se nos permitió conversar mucho tiempo, pues el precario estado de mi salud requería todas las precauciones necesarias para asegurar mi tranquilidad. El señor Kirwin entró e insistió en que no me agotara con demasiado esfuerzo. Pero la aparición de mi padre fue para mí como la de mi ángel de la guarda, y poco a poco recuperé la salud.

La enfermedad me abandonó, pero quedé sumido en una melancolía lúgubre y negra que nada podía disipar. La imagen de Clerval permanecía siempre presente ante mí, espantosa y asesinada. Más de una vez, la agitación en la que me sumían estas reflexiones hizo que mis amigos temieran una peligrosa recaída.

¡Ay! ¿Por qué conservaron una vida tan desgraciada y detestada? Seguramente fue para que pudiera cumplir mi destino, que ahora se acerca a su fin. Pronto, oh, muy pronto, la muerte extinguirá estos latidos y me aliviará del inmenso peso de la angustia que me abate; y, al ejecutar la sentencia de justicia, también me hundiré en el descanso. Entonces, la presencia de la muerte era lejana, aunque el deseo siempre estaba presente en mis pensamientos; y a menudo permanecía sentado durante horas, inmóvil y sin palabras, anhelando una poderosa revolución que pudiera sepultarme a mí y a mi destructor en sus ruinas.

Se acercaba el momento de los juicios. Ya llevaba tres meses en prisión; y aunque aún estaba débil y en constante peligro de recaída, me vi obligado a viajar casi cien millas hasta la capital del condado, donde se celebraba la audiencia. El señor Kirwin se encargó de reunir testigos y organizar mi defensa. Me evitó la vergüenza de comparecer públicamente como un criminal, ya que el caso no se llevó ante el tribunal que decide sobre la vida o la muerte. El gran jurado rechazó la demanda al demostrarse que me encontraba en las Islas Orcadas en el momento en que se encontró el cuerpo de mi amigo, y quince días después fui liberado de la prisión.

Mi padre se emocionó al encontrarme libre de las vejaciones de una acusación criminal, en condiciones respirar de nuevo al aire libre y regresar a mi país natal. No compartí estos sentimientos; pues para mí, los muros de una mazmorra o de un palacio

eran igualmente odiosos. La copa de la vida estaba envenenada para siempre; y aunque el sol brillaba sobre mí, como sobre los felices y alegres de corazón, no veía a mi alrededor más que una densa y aterradora oscuridad, penetrada por ninguna luz salvo el destello de dos ojos que me miraban fijamente. A veces eran los expresivos ojos de Henry, languideciendo en la muerte, los ojos oscuros casi cubiertos por los párpados y las largas pestañas negras que los bordeaban; a veces eran los ojos llorosos y nublados del monstruo, como los vi por primera vez en mi habitación de Ingolstadt.

Mi padre trataba de despertar en mí sentimientos de afecto. Hablaba de Ginebra, que pronto visitaría, de Elizabeth y de Ernest; pero estas palabras sólo me arrancaban profundos gemidos. A veces, de hecho, anhelaba la felicidad; y pensaba, con melancólico deleite, en mi querida prima; o anhelaba, con una devoradora *maladie du pays*, volver a ver el lago azul y el rápido Ródano, que tanto me habían gustado en mi infancia; pero mi estado general de ánimo era un letargo, en el que una prisión era una residencia tan bienvenida como el más divino escenario de la naturaleza; y estos accesos rara vez se interrumpían, salvo por paroxismos de angustia y desesperación. En esos momentos, a menudo intentaba poner fin a la existencia que aborrecía; y se requería una atención y vigilancia constantes para evitar que cometiese algún terrible acto de violencia.

Recuerdo que, al salir de la prisión, oí a uno de los hombres decir:

—Puede que sea inocente del asesinato, pero sin duda tiene la conciencia sucia.

Estas palabras me impactaron. ¡Conciencia sucia! Sí, sin duda la tenía. William, Justine y Clerval habían muerto por culpa de mis infernales maquinaciones.

—¿Y la muerte de quién —exclamé— va a terminar con la tragedia? ¡Ah! Padre mío, no te quedes en este miserable país; llévame donde pueda olvidarme de mí mismo, de mi existencia y del mundo entero.

Mi padre accedió fácilmente a mi deseo y, tras despedirnos del señor Kirwin, partimos rápidamente hacia Dublín. Sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima cuando el paquete zarpó con buen viento de Irlanda y abandoné para siempre el país que había sido para mí escenario de tanta miseria.

Era medianoche. Mi padre dormía en el camarote; yo yacía en cubierta, mirando las estrellas y escuchando el romper de las olas. Saludé a la oscuridad que ocultaba Irlanda de mi vista, y mi pulso latía con una alegría febril, al pensar que pronto vería Ginebra. El pasado se me apareció a la luz de un sueño aterrador; sin embargo, el barco en el que me encontraba, el viento que me alejó de la detestada costa de Irlanda, y el mar que me rodeaba, me decían con demasiada fuerza que no me había engañado ninguna visión, y que Clerval, mi amigo y querido compañero, había caído víctima de mí y del monstruo de mi creación. Repasé, en mi memoria,

toda mi vida: mi tranquila felicidad residiendo con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre y mi partida a Ingolstadt. Recordé estremecerme ante el entusiasmo desenfrenado que me impulsó a crear a mi horrible enemigo, y recordé la noche en que vivió por primera vez. No pude seguir el hilo de mis pensamientos; mil sentimientos me oprimieron y lloré amargamente.

Desde que me recuperé de la fiebre, tenía la costumbre de tomar cada noche una pequeña cantidad de láudano; pues solo mediante esta droga conseguía el descanso necesario para conservar la vida. Afligido por el recuerdo de mis diversas desgracias, tomé una dosis doble y pronto dormí profundamente. Pero el sueño no me daba respiro de mis pensamientos ni de mi tristeza; mis sueños me presentaban mil cosas que me asustaban. Hacia la mañana siguiente, me acometió una especie de pesadilla; sentí la garra del demonio en mi cuello y no podía liberarme de ella; gemidos y gritos resonaban en mis oídos. Mi padre, que me cuidaba, al percibir mi inquietud, me despertó y me señaló el puerto de Holyhead, al que estábamos entrando.

Capítulo V

HABÍAMOS decidido no ir a Londres, sino cruzar el país hasta Portsmouth y de allí embarcarnos hacia El Havre. Preferí este plan principalmente porque temía volver a ver aquellos lugares donde había disfrutado de unos momentos de tranquilidad con mi querido Clerval. Pensé con horror en volver a ver a aquellas personas que solíamos visitar juntos, y que podrían preguntar sobre un suceso cuyo solo recuerdo me hacía sentir de nuevo la angustia que sentí al contemplar su cuerpo sin vida en la posada de —.

En cuanto a mi padre, sus deseos y esfuerzos se centraban en cuidar de que recuperara mi salud y mi tranquilidad. Su ternura y sus atenciones eran incesantes; mi dolor y mi tristeza eran persistentes, pero él no desesperaba. A veces pensaba que yo sentía profundamente la degradación de haber sido obligado a responder por una acusación de asesinato, y se esforzaba por demostrarme la inutilidad del orgullo.

—¡Ay, padre mío —le dije—, qué poco me conoces! Los seres humanos, sus sentimientos y pasiones, se degradarían si un miserable como yo sintiera orgullo. Justine, la pobre desgraciada de Justine, era tan inocente como yo, y sufrió la misma acusación; murió por ello, y yo fui la causa: la asesiné. William, Justine y Henry, todos murieron por mis manos.

Durante mi encarcelamiento, mi padre me había oído a menudo hacer la misma afirmación; cuando yo me acusaba de ese modo, a veces parecía reclamar una explicación, y otras parecía creer que era consecuencia de un delirio; que, durante mi enfermedad, se me había instalado en la imaginación una idea de este tipo, cuyo recuerdo conservaba en mi convalecencia. Yo evitaba las explicaciones y guardaba un sostenido silencio sobre el monstruo que había creado. Tenía la sensación de que me tomarían por loco, y esto ató mi lengua para siempre, cuando hubiera dado el mundo entero por haber confiado el fatal secreto.

En esta ocasión, mi padre dijo, con una expresión de inmenso asombro:

—¿Qué quieres decir, Victor? ¿Estás loco? Querido hijo, te ruego que no vuelvas a hacer semejante afirmación.

—No estoy loco —grité con energía—; el sol y el cielo, que han presenciado mis acciones, pueden dar testimonio de mi verdad. Soy el asesino de esas víctimas tan inocentes; murieron por mis maquinaciones. Mil veces habría derramado mi propia sangre,

gota a gota, para salvarles la vida; pero no pude, padre mío, de hecho no podría sacrificar a toda la raza humana.

La conclusión de este discurso convenció a mi padre de que mis ideas estaban trastornadas, e inmediatamente cambió de tema e intentó alterar el curso de mis pensamientos. Deseaba borrar en la medida de lo posible el recuerdo de las escenas ocurridas en Irlanda, y nunca las mencionó ni me permitió hablar de mi infortunio.

Con el paso del tiempo, me fui tranquilizando: la desdicha se había instalado en mi corazón, pero ya no hablaba con la misma incoherencia de mis propios crímenes; me bastaba tener conciencia de ellos. Con la mayor violencia reprimí la voz imperiosa de la desgracia, que a veces deseaba declararse al mundo entero; y mis modales fueron más tranquilos y serenos que nunca desde mi viaje al mar de hielo.

Llegamos a El Havre el 8 de mayo y partimos de inmediato a París, donde mi padre tenía unos asuntos que nos retuvieron unas semanas. En esta ciudad, recibí la siguiente carta de Elizabeth:

PARA VICTOR FRANKENSTEIN.

Mi queridísimo amigo:

Me dio un gran placer recibir una carta de mi tío fechada en París; ya no estás tan lejos, y espero verte en menos de dos semanas. ¡Pobre primo, cuánto debes haber sufrido! Creo que voy a verte aún más en-

fermo que cuando dejaste Ginebra. Pasé un invierno atroz, atormentada por la incertidumbre; sin embargo, espero ver paz en tu rostro y descubrir que tu corazón no está totalmente desprovisto de consuelo y tranquilidad.

Sin embargo, me temo que todavía persisten los mismos sentimientos que te hicieron sentir tan desdichado hace un año, incluso quizás aumentados por el tiempo. No quisiera molestarte en este momento, cuando tantas desgracias te pesan; pero una conversación que tuve con mi tío antes de su partida hace necesaria alguna explicación antes de que nos veamos.

¡Explicación!, dirás tal vez; ¿qué tendrá que explicar Elizabeth? Si realmente dices esto, mis preguntas quedan respondidas, y no tengo más que firmar como tu afectuosa prima. Pero estás lejos de mí, y es posible que esta explicación te dé miedo, pero que, sin embargo, te agrade; y, si así fuera, no me atrevo a posponer más escribir lo que, durante tu ausencia, a menudo he deseado expresarte, pero nunca me he atrevido a empezar.

Sabes bien, Victor, que nuestra unión ha sido el plan favorito de tus padres desde nuestra infancia. Nos lo dijeron de pequeños y nos enseñaron a esperararlo con ilusión como un acontecimiento inevitable. Fuimos compañeros de juegos cariñosos durante la infancia y, creo, amigos queridos y apreciados al crecer. Pero así como hermano y hermana a menudo se tienen un gran afecto, sin desear una unión más íntima, ¿no podría ser también nuestro caso? Dime,

querido Victor. Respóndeme, te lo pido, por nuestra mutua felicidad y con la simple verdad: ¿No amas a otra?

Has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt; y te confieso, amigo mío, que cuando te vi el otoño pasado tan desdichado, huyendo hacia la soledad, lejos de la compañía de todos, no pude evitar suponer que podías lamentar nuestra relación al tiempo que te sentías obligado por el honor a cumplir los deseos de tus padres, aunque fueran contrarios a tus inclinaciones. Pero éste es un razonamiento falso. Te confieso, primo mío, que te amo, y que en mis sueños de futuro has sido mi fiel amigo y compañero. Pero es tu felicidad la que deseo tanto como la mía cuando te declaro que nuestro matrimonio me haría eternamente desdichada, a menos que fuera el dictado de tu propia y libre elección.

Ahora mismo lloro al pensar que, abatido como estás por las más crueles desgracias, puedes ahogar, con la palabra honor, toda esperanza de ese amor y felicidad que te permitirían volver a ser ti mismo. Yo, que te he mostrado tanto afecto, puedo decuplicar tus sufrimientos, al ser un obstáculo para tus deseos. Ah, Victor, ten por seguro que tu prima y compañera de juegos te ama demasiado sinceramente como para no sentirse desdichada por esta suposición. Sé feliz, amigo mío; y si me obedeces en esta única petición, ten la seguridad de que nada en el mundo podrá interrumpir mi tranquilidad.

No permitas que esta carta te inquiete; no la respondas mañana, ni pasado mañana, ni siquiera

hasta que llegues, si te causa dolor. Mi tío me enviará noticias de tu salud; y si veo una sola sonrisa en tus labios cuando nos encontremos, ocasionada por este o cualquier otro gesto mío, no necesitaré otra felicidad.

ELIZABETH LAVENZA.

Ginebra, 18 de mayo de 17—.

Esta carta revivió en mi memoria lo que antes había olvidado, la amenaza del demonio: “¡Estaré contigo en tu noche de bodas!” Tal fue mi sentencia, y esa noche el demonio emplearía todas sus artes para destruirme y arrancarme del atisbo de felicidad que prometía consolar en parte mis sufrimientos. Había decidido consumir esa noche sus crímenes con mi muerte. Bien, que así fuera; una lucha a muerte tendría lugar, en la que si él salía victorioso, yo estaría en paz y su poder sobre mí llegaría a su fin. Si él fuera vencido, yo sería un hombre libre. ¡Ay! ¿Qué libertad? Como la que disfruta el campesino cuando su familia ha sido masacrada ante sus ojos, su cabaña incendiada, sus tierras devastadas, y él se encuentra a la deriva, sin hogar, sin dinero y solo, pero libre. Tal sería mi libertad, si no fuera porque en mi Elizabeth poseía un tesoro, equilibrado, ¡ay!, por esos horrores del remordimiento y la culpa, que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y amada Elizabeth! Leí y releí su carta, y algunos sentimientos de dulzura se apoderaron de mi corazón, y me atreví a acunar sueños paradisia-

cos de amor y alegría; pero la manzana ya había sido consumida, y el brazo del ángel se había desnudado para arrebatarme toda esperanza.

Aun así, era capaz de morir por hacerla feliz. Si el monstruo cumplía su amenaza, la muerte era inevitable; sin embargo, volví a considerar si mi matrimonio aceleraría mi destino. Mi destrucción podría llegar unos meses antes; pero si mi torturador sospechaba que la posponía, influido por sus amenazas, seguramente encontraría otros medios de venganza, quizás más terribles. Había jurado estar conmigo en mi noche de bodas, pero no consideraba que esa amenaza lo obligara entretanto a la paz; pues, como para demostrarme que aún no estaba saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de pronunciar sus amenazas. Decidí, por tanto, que si mi unión inmediata con mi prima contribuía a su felicidad o a la de mi padre, los designios de mi adversario contra mi vida no la retrasarían ni una sola hora.

En este estado de ánimo, le escribí a Elizabeth. Mi carta era serena y cariñosa. «Me temo, mi querida niña», le dije, «que queda poca felicidad para nosotros en esta tierra; sin embargo, todo lo que algún día pueda disfrutar se concentra en ti. Ahuyenta tus vanos temores; solo a ti consagro mi vida y mis esfuerzos por encontrar la felicidad. Tengo un secreto, Elizabeth, uno terrible; cuando te lo revele, te helará el alma de horror, y entonces, lejos de sorprenderte por mi desgracia, solo te asombrará que haya

sobrevivido a lo que he soportado. Te confiaré esta historia de miseria y terror al día siguiente de nuestra boda; porque, mi dulce prima, debe haber una confianza absoluta entre nosotros. Pero hasta entonces, te pido que no lo menciones ni aludas a él. Te lo ruego de todo corazón, y sé que lo harás».

Aproximadamente una semana después de la llegada de la carta de Elizabeth, regresamos a Ginebra. Mi prima me recibió con cálido afecto; sin embargo, se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar mi cuerpo demacrado y mis mejillas febriles. También noté un cambio en ella. Estaba más delgada y había perdido gran parte de esa vivacidad celestial que antes me había cautivado; pero su dulzura y su mirada compasiva la convertían en una compañera más adecuada para alguien tan desdichado y miserable como yo.

La tranquilidad que ahora disfrutaba no perduró. El recuerdo trajo consigo la insania; y cuando pensaba en lo sucedido, una verdadera locura se apoderaba de mí; a veces estaba furioso y ardía de rabia, a veces deprimido y abatido. No hablaba ni miraba, sino que permanecía inmóvil, desconcertado por la multitud de desgracias que me abrumaban.

Solo Elizabeth tenía el poder de sacarme de estos arrebatos; su dulce voz me tranquilizaba cuando me dejaba arrastrar por la pasión y me inspiraba sentimientos humanos cuando me hundía en el letargo. Lloraba conmigo y por mí. Cuando la razón volvía, me reconvenía y se esforzaba por inspirarme resig-

nación. ¡Ah! Es bueno para los desafortunados resignarse, pero para los culpables no hay paz. La agonía del remordimiento envenena el lujo que a veces se encuentra en entregarse al exceso del dolor.

Poco después de mi llegada, mi padre habló de mi inminente matrimonio con mi prima. Guardé silencio.

—¿Tienes, entonces, algún otro afecto?

—Ninguno en esta tierra. Amo a Elizabeth y espero con ilusión nuestra unión. Que el día, pues, se fije; y en él me consagraré, en la vida o en la muerte, a la felicidad de mi prima.

—Mi querido Victor, no hables así. Nos han sobrevenido graves desgracias; pero aferrémonos a lo que nos queda y transmitamos nuestro amor por los que hemos perdido a quienes aún viven. Nuestro círculo será pequeño, pero estará estrechamente unido por los lazos del afecto y la desgracia compartida. Y cuando el tiempo haya apaciguado tu desesperación, nacerán nuevos y queridos objetos de cariño para reemplazar a aquellos de quienes hemos sido tan cruelmente privados.

Tales eran las lecciones de mi padre. Pero el recuerdo de la amenaza regresó a mí: no te asombres de que, omnipotente como el demonio había sido en sus sangrientas acciones, casi lo considerara invencible; y que cuando pronunció las palabras: “Estaré contigo en tu noche de bodas”, considerara el destino que me amenazaba como inevitable. Pero la muerte

no era un mal para mí si se la comparaba con la pérdida de Elizabeth; y por lo tanto, con un semblante contento e incluso alegre, acordé con mi padre que, si mi prima consentía, la ceremonia se celebraría en diez días, y así, como imaginaba, sellaría mi destino.

¡Dios mío! Si por un instante hubiera pensado en las infernales intenciones de mi diabólico adversario, habría preferido desterrarme para siempre de mi país natal y vagar como un paria sin amigos por la tierra, antes que consentir en este desdichado matrimonio. Pero, como si poseyera poderes mágicos, el monstruo me había cegado sobre sus verdaderas intenciones; y cuando pensé que solo preparaba mi propia muerte, apresuré la de una víctima mucho más querida.

A medida que se acercaba la fecha fijada para nuestro matrimonio, ya fuera por cobardía o por un presentimiento, sentí que se me encogía el corazón. Pero oculté mis sentimientos con una apariencia de hilaridad, que trajo sonrisas y alegría al rostro de mi padre, pero que apenas engañó la mirada siempre atenta y amable de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con plácida satisfacción, no exenta de un ligero temor que las desgracias pasadas le habían infundido, de que lo que ahora parecía una felicidad segura y tangible, pronto se disipara en un sueño etéreo, sin dejar rastro, salvo un profundo y eterno arrepentimiento.

Se hicieron los preparativos para el acontecimiento; se recibieron visitas de felicitación; y todo

parecía sonreír. Reprimí, lo mejor que pude, la ansiedad que me atormentaba y me sumé con aparente seriedad a los planes de mi padre, aunque solo sirvieran como decoración de mi tragedia. Nos compraron una casa cerca de Cologny, donde disfrutaríamos de los placeres del campo y, a la vez, estaríamos tan cerca de Ginebra que podríamos ver a mi padre todos los días; quien seguiría residiendo entre sus muros, para beneficio de Ernesto, que así podría seguir sus estudios en las escuelas.

Mientras tanto, tomé todas las precauciones para defenderme, en caso de que el demonio me atacara abiertamente. Llevaba pistolas y una daga constantemente conmigo, y siempre estaba alerta para prevenir artimañas; y así logré mayor tranquilidad. De hecho, a medida que se acercaba el momento, la amenaza parecía más una ilusión, que no debía considerarse digna de perturbar mi paz, mientras que la felicidad que anhelaba en mi matrimonio se hacía más evidente a medida que se acercaba el día de su consagración, y oía hablar continuamente de él como de un suceso que ningún accidente podría evitar.

Elizabeth parecía feliz; mi actitud tranquila contribuyó en gran medida a tranquilizarla. Pero el día en que iba a cumplir mis deseos y mi destino, estaba melancólica y un mal presentimiento la invadió; y quizá también pensó en el terrible secreto que le había prometido revelar al día siguiente. Mientras tanto, mi padre estaba rebosante de alegría y, en el ajeteo de los preparativos, sólo observó en la melancolía de su sobrina la timidez propia de una novia.

Después de la ceremonia, se reunió un gran grupo en casa de mi padre; pero se acordó que Elizabeth y yo pasaríamos la tarde y la noche en Evian y regresaríamos a Cologny a la mañana siguiente. Como el día era bueno y el viento favorable, decidimos ir por agua.

Esos fueron los últimos momentos de mi vida, durante los cuales disfruté de una sensación de felicidad. Avanzábamos rápidamente: el sol calentaba, pero estábamos protegidos de sus rayos por una especie de dosel, mientras disfrutábamos de la belleza del paisaje, a veces a una orilla del lago, donde veíamos el Mont Salève, las agradables orillas del Montalêgre, y a lo lejos, dominándolo todo, el hermoso Mont Blanc y el conjunto de montañas nevadas que en vano intentan emularlo; a veces, bordeando las orillas opuestas, veíamos el imponente Jura oponiendo su lado oscuro a la ambición de abandonar su tierra natal, y una barrera casi infranqueable al invasor que quisiera esclavizarlo.

Tomé la mano de Elizabeth:

—Estás triste, mi amor. ¡Ah! Si supieras lo que he sufrido y lo que aún puedo soportar, te esforzarías por dejarme saborear la tranquilidad y el alejamiento de la desesperación que al menos este día me permite disfrutar.

—Sé feliz, mi querido Victor —respondió Elizabeth—; espero que no haya nada que te aflija; y ten por seguro que si una alegría viva no se dibuja en mi rostro, mi corazón está contento. Algo me susu-

rra que no dependa demasiado de la perspectiva que se abre ante nosotros; pero no escucharé una voz tan siniestra. Observa qué rápido avanzamos y cómo las nubes, que a veces oscurecen y a veces se elevan sobre la cúpula del Mont Blanc, hacen aún más interesante este hermoso paisaje. Mira también los innumerables peces que nadan en las aguas cristalinas, donde podemos distinguir cada guijarro del fondo. ¡Qué día tan divino! ¡Qué feliz y serena se ve toda la naturaleza!

Así Elizabeth se esforzaba por apartar sus pensamientos y los míos de toda reflexión sobre temas melancólicos. Pero su temperamento fluctuaba; la alegría brilló en sus ojos por unos instantes, pero continuamente daba paso a la distracción y la ensoñación.

El sol se hundía en el cielo; cruzamos el río Drance y observamos su curso a través de los abismos de las colinas altas y los valles de las bajas. Los Alpes se acercan al lago y nos acercamos al anfiteatro montañoso que forma su límite oriental. La aguja de Evian brillaba bajo los bosques que la rodeaban y la cordillera que la dominaba.

El viento, que hasta entonces nos había impulsado con asombrosa rapidez, se convirtió al atardecer en una ligera brisa; la suave brisa apenas rizaba el agua y provocaba un agradable movimiento entre los árboles a medida que nos acercábamos a la orilla, de la que emanaba un delicioso aroma a flores y heno. El sol se hundía en el horizonte cuando des-

♦ Frankenstein III

embarcamos; y al tocar la orilla, sentí revivir esas preocupaciones y temores que pronto me atraparían y me aferrarían para siempre.

Capítulo VI

ERAN LAS OCHO cuando desembarcamos; caminamos un rato por la orilla, disfrutando de la luz fugaz, y luego nos retiramos a la posada y contemplamos el hermoso paisaje de aguas, bosques y montañas, oscurecidos por la oscuridad, pero que aún mostraban sus negros contornos.

El viento, que había amainado del sur, arreciaba con gran violencia en el oeste. La luna había alcanzado su punto culminante y comenzaba a descender; las nubes la cruzaban con mayor rapidez que el vuelo del buitre, atenuando sus rayos, mientras el lago reflejaba la escena de un cielo agitado, aún más agitado por las inquietas olas que comenzaban a levantarse. De pronto, se desató una fuerte tormenta.

Había estado tranquilo durante el día; pero tan pronto como la noche oscureció las formas de los objetos, mil temores surgieron en mi mente. Estaba ansioso y vigilante, mientras mi mano derecha afe-

rraba la pistola que llevaba escondida en el pecho; cada sonido me aterrorizaba; pero decidí que vendería mi vida cara y no cejaría en el conflicto inminente hasta que mi propia vida, o la de mi adversario, se extinguiera.

Elizabeth observó mi agitación durante un rato en un silencio tímido y temeroso; finalmente dijo:

—¿Qué te inquieta, mi querido Victor? ¿Qué es lo que temes?

—¡Oh! Paz, paz, mi amor —respondí—, paz esta noche, y todo estará a salvo: pero esta noche es terrible, muy terrible.

Pasé una hora en este estado de espíritu, cuando de repente reflexioné sobre lo tremendo que sería para mi esposa el combate que esperaba inminente, y le rogué encarecidamente que se retirara, resolviendo no unirme a ella hasta que tuviera algún conocimiento sobre la situación de mi enemigo.

Me dejó, y continué un rato recorriendo los pasillos de la casa, inspeccionando cada rincón que pudiera ofrecerle una retirada a mi adversario. Pero no encontré rastro de él, y comencé a conjeturar que alguna afortunada casualidad había intervenido para evitar la ejecución de sus amenazas; cuando de repente oí un grito agudo y terrible. Provenía de la habitación a la que Elizabeth se había retirado.

Al oírlo, toda la verdad me invadió la mente, mis brazos cayeron, el movimiento de cada músculo y fibra se suspendió; podía sentir la sangre corriendo

por mis venas y un hormigueo en las extremidades. Este estado duró solo un instante; el grito se repitió y corrí a la habitación.

¡Dios mío! ¿Por qué no morí entonces? ¿Por qué estoy aquí para relatar la destrucción de la mayor esperanza y de la criatura más pura de la tierra? Ella estaba allí, sin vida e inanimada, tirada en la cama, con la cabeza colgando y sus rasgos pálidos y deformados medio cubiertos por el cabello. Fuera donde fuese, veía siempre la misma figura: sus brazos exangües y su cuerpo relajado, arrojado por el asesino en su féretro nupcial. ¿Podría contemplar esto y vivir? ¡Ay! La vida es obstinada y se aferra más a donde más se la odia. Solo por un instante perdí la conciencia; me desmayé.

Cuando me recuperé, me encontré rodeado por la gente de la posada; sus rostros expresaban un terror desgarrador; pero el horror de los demás parecía solo una burla, una sombra de los sentimientos que me oprimían. Escapé de ellos a la habitación donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, hacía un instante viva, tan querida, tan digna. Había sido movida de la postura en la que la había visto por primera vez; y ahora, así tendida, con la cabeza sobre su brazo y un pañuelo sobre su rostro y cuello, podría haberla supuesto dormida. Corrí hacia ella y la abracé con ardor; pero la languidez mortal y la frialdad de sus miembros me indicaron que lo que ahora sostenía en mis brazos había dejado de ser la Elizabeth a quien había amado y apreciado.

La marca asesina de la garra del demonio estaba en su cuello, y el aliento ya no brotaba de sus labios.

Mientras aún permanecía inclinado sobre ella, sumido en la agonía de la desesperación, miré hacia arriba. Las ventanas de la habitación ya estaban oscurcidas; y sentí una especie de pánico al ver la pálida luz amarilla de la luna iluminar la habitación. Las contraventanas estaban abiertas; y, con una sensación de horror indescriptible, vi en la ventana abierta una figura espantosa y aborrecible. Una sonrisa se dibujaba en el rostro del monstruo; parecía burlarse, mientras con su dedo diabólico señalaba el cadáver de mi esposa. Corrí hacia la ventana y, sacando la pistola del pecho, disparé; pero él me esquivó, saltó de su posición y, corriendo con la rapidez del rayo, se zambulló en el lago.

El disparo de la pistola atrajo a una multitud a la habitación. Señalé el lugar donde había desaparecido y seguimos el rastro con botes; se echaron redes, pero fue en vano. Tras varias horas, regresamos desesperanzados; la mayoría de mis acompañantes creyeron que se trataba de una figura imaginada por mí. Tras desembarcar, procedieron a registrar la comarca, en grupos que partieron en diferentes direcciones entre los bosques y las viñas.

No los acompañé: estaba exhausto; una nube me cubría los ojos y tenía la piel reseca por la fiebre. En ese estado, yacía en una cama, apenas consciente de lo sucedido; mis ojos vagaban por la habitación, como buscando algo que había perdido.

Finalmente recordé que mi padre esperaría con ansias el regreso de Elizabeth y el mío, y que debía regresar solo. Esta reflexión me llenó los ojos de lágrimas y lloré largo rato; pero mis pensamientos divagaban sobre diversos temas, reflexionando sobre mis desgracias y sus causas. Estaba aturdido por una nube de asombro y horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y, por último, el de mi esposa; incluso en ese momento desconocía si mis únicos amigos restantes estaban a salvo de la malignidad del demonio; mi padre, incluso ahora, podría estar retorciéndose bajo sus garras, y Ernest podría estar muerto a sus pies. Esta idea me estremeció y me devolvió a la acción. Me levanté y decidí regresar a Ginebra lo antes posible.

No había caballos disponibles, y debí regresar por el lago; pero el viento era desfavorable y llovía a cántaros. Sin embargo, apenas era de mañana, y razonablemente podía esperar llegar de noche. Contraté remeros y tomé un remo, pues siempre había experimentado alivio del tormento mental con el ejercicio físico. Pero la desbordante desdicha que sentía y la excesiva agitación que soportaba me incapacitaban para cualquier esfuerzo. Tiré el remo y, apoyando la cabeza en las manos, me dejé llevar por cada idea sombría que surgía. Si levantaba la vista, veía las escenas que me eran familiares en mis tiempos más felices, y que había contemplado el día anterior en compañía de ella, que ahora no era más que una sombra y un recuerdo. Las lágrimas brota-

ban de mis ojos. La lluvia cesó por un momento, y vi a los peces jugar en las aguas como lo habían hecho unas horas antes; Elizabeth los había observado entonces.

Nada es tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y repentino.

El sol podía brillar, o las nubes oscurecerse; pero nada podía parecerme igual que el día anterior. Un demonio me había arrebatado toda esperanza de felicidad futura: ninguna criatura había sido jamás tan desgraciada como yo; un acontecimiento tan espantoso es único en la historia de la humanidad.

Pero ¿por qué debería detenerme en los incidentes que siguieron a este último y sobrecogedor acontecimiento? La mía ha sido una historia de horrores; he llegado a su punto culminante, y lo que ahora debo relatarles solo les resultará tedioso. Sepan que, uno a uno, mis amigos fueron arrebatados; me quedé solo. Mis propias fuerzas están agotadas; y debo contar, en pocas palabras, lo que queda de mi horrible narración.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernesto aún vivían; pero el primero quedó abrumado bajo el peso de las noticias que le traje. ¡Ahora lo veo, excelente y venerable anciano! Sus ojos vagaban en el vacío, pues habían perdido su encanto y su deleite: su sobrina, su más que hija, a quien mimaba con todo ese cariño que siente un hombre que, en el ocaso de la vida, con pocos afectos, se aferra con más fervor a los que le quedan. ¡Maldito, maldito sea el demonio

que trajo desgracia a sus canas y lo condenó a la desdicha! No pudo soportar los horrores que lo rodeaban; sufrió un ataque de apoplejía y a los pocos días murió en mis brazos.

¿Qué fue de mí entonces? No lo sé; perdí la sensibilidad, y las cadenas y la oscuridad eran lo único que me oprimía. A veces, de hecho, soñaba que vagaba por prados floridos y valles agradables con los amigos de mi juventud; pero al despertar me encontraba en un calabozo. Me asaltó la melancolía, pero poco a poco fui comprendiendo mejor mis penurias y mi situación, y entonces fui liberado de la cárcel. Porque me habían llamado loco; y durante muchos meses, según entendí, una celda solitaria había sido mi morada.

Pero la libertad habría sido un regalo inútil si, al despertar a la razón, no hubiera despertado al mismo tiempo a la venganza. Al acosarme el recuerdo de desgracias pasadas, comencé a reflexionar sobre su causa: el monstruo que había creado, el miserable demonio que había enviado al mundo para mi propia destrucción. Me dominaba una rabia enloquecedora cuando pensaba en él, y deseaba y rezaba ardientemente poder tenerlo a mi alcance para desatar una gran y señalada venganza sobre su maldita cabeza.

Mi odio no se limitó por mucho tiempo a deseos inútiles; comencé a reflexionar sobre la mejor manera de asegurarlo; y para ello, aproximadamente un mes después de mi liberación, me presenté ante un

juez penal de la ciudad y le dije que tenía una acusación que presentar; que conocía al destructor de mi familia; y que le exigía que ejerciera toda su autoridad para detener al asesino.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad:

—Tenga la seguridad, señor —dijo—, de que no escatimaré esfuerzos ni esfuerzos por mi parte para descubrir al villano.

—Gracias —respondí—; escuche, pues, la declaración que tengo que hacer. Es, en efecto, una historia tan extraña que temo que no le daría crédito si no hubiera algo en la verdad que, por maravilloso que sea, inspira convicción. La historia es demasiado coherente como para confundirla con un sueño, y no tengo motivos para mentir.

Mi actitud, al dirigirme a él, era determinada, pero serena; había tomado en mi corazón la resolución de perseguir a mi destructor hasta la muerte; y este propósito apaciguó mi agonía y me reconcilió provisionalmente con la vida. Relaté entonces mi historia brevemente, pero con firmeza y precisión, marcando las fechas con exactitud y sin desviarme jamás hacia la invectiva o la exclamación.

El magistrado pareció al principio completamente incrédulo, pero a medida que continué mi relato, se volvió más atento e interesado; a veces lo vi estremecerse de horror, y otras, una viva sorpresa, sin mezcla de incredulidad, se dibujaba en su rostro.

Al concluir mi narración, dije:

—Este es el ser a quien acuso, y para cuya detección y castigo le pido que ejerza todo su poder. Es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como hombre no le impidan ejercer esas funciones en esta ocasión.

Esta intervención provocó un cambio considerable en la fisonomía de mi oyente. Había escuchado mi historia con esa especie de fe a medias que se da a los relatos de espíritus y sucesos sobrenaturales; pero cuando se le pidió que actuara oficialmente en consecuencia, su incredulidad regresó. Sin embargo, respondió con suavidad:

—Con mucho gusto le brindaría toda la ayuda posible en su búsqueda; pero la criatura de la que habla parece tener poderes que desafiarían todos mis esfuerzos. ¿Quién puede seguir a un animal que puede atravesar el mar de hielo y habitar cuevas y guaridas donde ningún hombre se aventuraría a entrar? Además, han transcurrido algunos meses desde que cometió sus crímenes, y nadie puede conjeturar a qué lugar ha vagado ni en qué región puede habitar ahora.

—No dudo de que merodea cerca del lugar donde habito; y si efectivamente se ha refugiado en los Alpes, puede ser perseguido como una gamuza y destruido como una bestia de presa. Pero comprendo sus pensamientos: no cree en mi relato y no se propone perseguir a mi enemigo con el castigo que merece.

Mientras hablaba, la rabia brillaba en mis ojos; el magistrado se sintió intimidado.

—Se equivoca —dijo—. Haré todo lo posible; y si está en mi poder capturar al monstruo, tenga por seguro que sufrirá un castigo proporcional a sus crímenes. Pero me temo, por lo que usted mismo ha descrito como sus capacidades, que esto resultará impracticable y que, aun cuando se tomen todas las medidas adecuadas, usted habrá de sentirse decepcionado.

—Eso no va a ocurrir; pero todo lo que pueda decir será de poca utilidad. Mi venganza no le importa; sin embargo, aunque la considero un vicio, confieso que es la única pasión devoradora de mi alma. Mi rabia es indescriptible al pensar que el asesino, a quien he soltado entre la gente, aún existe. Usted rechaza mi justa demanda: sólo me queda un recurso; y me consagro, ya sea en mi vida o en mi muerte, a su destrucción.

Temblaba de agitación al decir esto; había frenesí en mi actitud, y algo, no dudo, de esa altiva fiereza que se dice que poseían los mártires de antaño. Pero para un magistrado ginebrino, cuya mente estaba ocupada por ideas muy distintas a las de la devoción y el heroísmo, esta exaltación mental parecía locura. Intentó tranquilizarme como una niñera a un niño, y volvió a mi relato como si fuera el efecto de un delirio.

—¡Hombre —exclamé—, qué ignorante eres en tu orgullosa sabiduría! ¡Calla! No sabes lo que dices.

♦ Frankenstein III

Salí de la sala enojado y perturbado, y me retiré a meditar sobre otra forma de actuar.

Capítulo VII

MI SITUACIÓN entonces era tal que todo movimiento de la voluntad se escurría por el sumidero. La furia me arrebatava; sólo la venganza me daba fuerza y serenidad; modelaba mis sentimientos y me permitía ser calculador y sereno en momentos en que, de otro modo, el delirio o la muerte habrían sido mi destino.

Mi primera resolución fue abandonar Ginebra para siempre; mi país, que, cuando me sentí feliz y amado, me era querido, ahora, en la adversidad, se volvía odioso. Me aprovisioné de una suma de dinero, junto con algunas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y entonces comenzaron mis peregrinaciones, que solo cesarán con la vida. He recorrido una vasta extensión de la tierra y he soportado todas las penurias que los viajeros suelen encontrar en desiertos y países bárbaros. Apenas sé cómo pude sobrevivir;

muchas veces extendí mis miembros debilitados sobre la llanura arenosa, y he rogado por la muerte. Pero la venganza me mantenía vivo; no me atrevía a morir y dejar a mi adversario con vida.

Cuando salí de Ginebra, mi primera tarea fue encontrar alguna pista que me permitiera rastrear los pasos de mi diabólico enemigo. Pero mi plan no se concretaba; y vagué durante muchas horas por los confines de la ciudad, sin saber qué camino seguir.

Al acercarse la noche, me encontré a la entrada del cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi padre. Entré y me acerqué a la lápida que marcaba sus tumbas. Todo estaba en silencio, excepto las hojas de los árboles, que el viento mecía suavemente; la noche era casi oscura; y la escena habría sido solemne y conmovedora incluso para un observador desinteresado. Los espíritus de los difuntos parecían revolotear y proyectar una sombra, palpable pero no visible, alrededor de la cabeza del doliente.

El profundo dolor que esta escena había despertado al principio dio paso rápidamente a la rabia y la desesperación. Ellos estaban muertos, y yo vivía; su asesino también vivía, y para destruirlo debía prolongar mi fatigosa existencia. Me arrodillé en la hierba, besé la tierra y con labios temblorosos exclamé:

—Por la tierra sagrada donde me arrodillo, por las sombras que deambulan cerca de mí, por el profundo y eterno dolor que siento, lo juro; y por vos, oh Noche, y por los espíritus que te presiden, juro perseguir al demonio que causó esta miseria, hasta que

él o yo perezcamos en un conflicto mortal. Con este propósito preservaré mi vida: para ejecutar esta querida venganza, volveré a contemplar el sol y a pisar la verde hierba de la tierra, que de otro modo desaparecería de mis ojos para siempre. Y os invoco, espíritus de los muertos; y a vosotros, ministros errantes de la venganza, para que me ayudéis y me guíeis en mi obra. Que el maldito e infernal monstruo apure hasta el fondo su agonía; que sienta la desesperación que ahora me atormenta.

Había comenzado mi juramento con solemnidad, y la emoción casi me aseguraba que las sombras de mis amigos asesinados oían y aprobaban mi devoción; pero la furia me poseyó al concluir, y la rabia ahogó mis palabras.

En la quietud de la noche, una risa fuerte y diabólica me respondió. Resonó en mis oídos larga y pesadamente; las montañas resonaron, y sentí como si el infierno me rodeara de burlas y risas.

Seguramente en ese momento me habría poseído el frenesí y habría destruido mi miserable existencia, si no fuera porque mi juramento fue escuchado y porque yo estaba reservado para la venganza. La risa se apagó cuando una voz conocida y aborrecida, aparentemente cerca de mi oído, me habló en un susurro audible:

—Me complace, ¡miserable desgraciado! Has decidido vivir, y eso me complace.

Me lancé hacia el lugar de donde provenía el sonido, pero el demonio se me escapó. De repente, el

ancho disco de la luna surgió e iluminó de lleno su figura fantasmal y distorsionada, mientras huía a una velocidad sobrehumana.

Lo perseguí, y durante muchos meses esta ha sido mi tarea. Guiado por una ligera pista, seguí los meandros del Ródano, pero en vano. Apareció el Mediterráneo azul, y, por una extraña casualidad, vi al demonio entrar de noche y esconderse en un barco con destino al Mar Negro. Tomé pasaje en el mismo barco, pero escapó, no sé cómo.

Entre las tierras salvajes de Tartaria y Rusia, aunque aún me eludía, siempre he seguido su rastro. A veces, los campesinos, asustados por esta horrible aparición, me informaban de su camino; a veces, él mismo, temiendo que si perdía todo rastro me desesperaría y moriría, solía dejar alguna huella para guiarme. La nieve caía sobre mi cabeza y vi la huella de sus enormes pasos en la blanca llanura.

Pero tú, que recién comienzas la vida, para quien la preocupación es nueva y la agonía desconocida, ¿cómo puedes comprender lo que he sentido y aún siento? El frío, la necesidad y la fatiga eran los dolores más leves que estaba destinado a soportar; fui maldecido por algún demonio y llevé conmigo mi infierno eterno; sin embargo, un espíritu de bondad seguía y dirigía mis pasos, y, cuando más murmuraba, de repente me libraba de dificultades aparentemente insuperables. A veces, cuando mi naturaleza, vencida por el hambre, se hundía en el agotamiento, me preparaban un banquete en el desierto que me

renovaba y me infundía ánimo. La comida era ciertamente tosca, como la que comían los campesinos de la comarca; pero no dudo de que la preparaban allí los espíritus que había invocado para que me ayudaran. A menudo, cuando todo estaba seco, el cielo despejado y yo estaba abrasado de sed, una ligera nube oscurecía el cielo, derramaba las pocas gotas que me revivían y desaparecía.

Seguía, cuando podía, el curso de los ríos; pero el demonio generalmente los evitaba, pues era allí donde se concentraba principalmente la población del país. En otros lugares rara vez se veían seres humanos; y yo generalmente subsistía de los animales salvajes que se cruzaban en mi camino. Llevaba dinero y me ganaba la amistad de los aldeanos distribuyéndolo o llevando comida que había cazado, la cual, tras tomar una pequeña parte, siempre regalaba a quienes me habían proporcionado fuego y utensilios para cocinar.

Mi vida, tal como transcurría, me resultaba verdaderamente odiosa, y solo durante el sueño podía saborear la alegría. ¡Oh, bendito sueño! A menudo, en los momentos de mayor desdicha, me sumergía en el reposo, y el sueño me arrullaba hasta el éxtasis. Los espíritus que me custodiaban me proporcionaban esos momentos, o mejor dicho, horas, de felicidad, de modo que pudiera conservar las fuerzas para cumplir mi peregrinación. Privado de este respiro, me habría hundido en mis penurias.

Durante el día me sostenía y animaba la esperanza de la noche: pues en el sueño veía a mis ami-

gos, a mi esposa y a mi amado país; volvía a ver el rostro benévolo de mi padre, oía los tonos argentinos de la voz de mi Elizabeth y contemplaba a Clerval gozando de salud y juventud.

A menudo, cansado por una marcha agotadora, me convencía de que soñaba hasta que llegara la noche, y que entonces disfrutaría de la realidad en los brazos de mis más queridos amigos. ¡Qué doloroso cariño sentía por ellos! ¡Cómo me aferraba a sus queridas formas, mientras a veces me rondaban incluso en las horas de vigilia, y me convencía de que aún vivían! En esos momentos, la venganza que ardía en mi interior moría en mi corazón, y yo proseguía mi camino hacia la destrucción del demonio más como una tarea impuesta por el cielo, como el impulso mecánico de algún poder del que era inconsciente, que como un ardiente deseo de mi alma.

No puedo saber cuáles eran los sentimientos de aquél a quien yo perseguía. A veces, de hecho, dejaba marcas escritas en las cortezas de los árboles o grabadas en piedra, que me guiaban y despertaban mi furia. “Mi reinado aún no ha terminado” (estas palabras eran legibles en una de estas inscripciones); “vives, y mi poder es completo. Sígueme; busco los hielos eternos del norte, donde sentirás la mordida del frío y la escarcha, a los que soy insensible. Encontrarás cerca de este lugar, si no tardas en seguirme, una liebre muerta; come y refréscate. Vamos, enemigo mío; aún tenemos que luchar por nuestras vidas; pero muchas horas duras y misera-

bles tendrás que soportar hasta que llegue ese momento.”

¡Diablo burlón! De nuevo te prometo venganza; de nuevo te condeno, demonio miserable, a la tortura y la muerte. Nunca abandonaré mi búsqueda, hasta que él o yo perezcamos; y entonces, ¡con qué éxtasis me reuniré con mi Elizabeth y con quienes ahora mismo me preparan la recompensa por mi tediosa fatiga y horrible peregrinación!

Mientras continuaba mi viaje hacia el norte, la nieve se espesó y el frío aumentó hasta un punto casi insoportable. Los campesinos estaban encerrados en sus chozas, y solo unos pocos de los más valientes se aventuraban a capturar a los animales que el hambre había obligado a salir de sus escondites para buscar presas. Los ríos estaban cubiertos de hielo, y no se podía pescar; y así quedé aislado de mi principal fuente de sustento.

El triunfo de mi enemigo aumentaba con la dificultad de mis labores. Una de sus inscripciones decía: “¡Prepárate! Tus fatigas apenas comienzan: abrígate con pieles y provéete de comida, pues pronto emprenderemos un viaje donde tus sufrimientos saciarán mi eterno odio.”

Mi coraje y perseverancia se vieron fortalecidos por estas palabras sarcásticas; decidí no fallar en mi propósito; e invocando al cielo para que me apoyara, continué con inquebrantable fervor atravesando inmensos desiertos, hasta que el océano apareció a lo lejos y formó el límite máximo del horizonte. ¡Oh,

qué diferente era de los mares azules del sur! Cubierto de hielo, solo se distinguía de la tierra por su superior agreste y accidentada. Los griegos lloraron de alegría al contemplar el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y saludaron con éxtasis el límite de sus trabajos. Yo no lloré; pero me arrodillé y, con todo el corazón, agradecí a mi espíritu guía por conducirme sano y salvo al lugar donde esperaba, a pesar de las burlas de mi adversario, encontrarlo y luchar con él.

Unas semanas antes, había conseguido un trineo y perros, y así atravesé las nieves a una velocidad inconcebible. No sé si el demonio poseía las mismas ventajas; pero descubrí que, como antes perdía terreno a diario en la persecución, ahora le ganaba terreno; tanto es así que, cuando vi por primera vez el océano, estaba a solo un día de viaje de distancia, y esperaba interceptarlo antes de que llegara a la playa.

Con renovado coraje, seguí adelante y en dos días llegué a una aldea miserable a orillas del mar. Pregunté a los habitantes sobre el demonio y obtuve información precisa. Un monstruo gigantesco, dijeron, había llegado la noche anterior, armado con un fusil y muchas pistolas, poniendo en fuga a los habitantes de una cabaña solitaria, por miedo a su aterradora apariencia. Se había llevado sus provisiones de invierno y, colocándolas en un trineo, para cuyo arrastre había recurrido a una numerosa manada de perros adiestrados, los había enjaezado, y esa misma noche, para alegría de los horrorizados al-

deanos, había proseguido su viaje a través del mar en dirección a ninguna tierra; y conjeturaron que sería rápidamente destruido por la rotura del hielo o congelado por las heladas eternas.

Al oír esta información, sufrí un acceso temporal de desesperación. Se me había escapado; y debía emprender un viaje destructivo y casi interminable a través de los hielos montañosos del océano, en medio de un frío que pocos habitantes podían soportar por mucho tiempo, y al que yo, nativo de un clima agradable y soleado, no podía esperar sobrevivir. Sin embargo, ante la idea de que el demonio viviera y triunfara, mi rabia y venganza regresaron y, como una marea poderosa, abrumaron todos los demás sentimientos. Tras un breve descanso, durante el cual los espíritus de los muertos me rondaron y me instigaron al trabajo y la venganza, me preparé para mi viaje.

Cambié mi trineo de tierra por uno diseñado para las irregularidades del océano helado; y, tras comprar abundantes provisiones, partí de tierra firme.

No puedo calcular cuántos días han pasado desde entonces; pero he soportado penurias que sólo el eterno sentimiento de una justa retribución, que ardía en mi corazón, me habría permitido soportar. Inmensas y escarpadas montañas de hielo a menudo me impedían el paso, y a menudo oía el estruendo del mar profundo, que amenazaba con destruirme. Pero de nuevo llegó la escarcha y aseguró los caminos del mar.

Por la cantidad de provisiones que había consumido, deduje que había pasado tres semanas en este viaje; y la continua prolongación de la expectativa, al volver a mi corazón, a menudo arrancaba amargas gotas de desaliento y dolor de mis ojos.

La desesperación casi había conseguido su presa, y estuve a punto de hundirme en su miseria. En un momento —después de que los pobres animales que me transportaban con increíble esfuerzo alcanzaran la cima de una empinada montaña de hielo, y uno, agobiado por la fatiga, muriera—, me encontraba contemplando con angustia la extensión que se extendía ante mí cuando de repente mi vista captó una mancha oscura en la llanura oscura.

Forcé la vista para descubrir qué podía ser, y lancé un grito salvaje de éxtasis al distinguir un trineo y en su interior las proporciones distorsionadas de una forma bien conocida. ¡Oh, con qué ardiente rapidez la esperanza volvió a mi corazón! Cálidas lágrimas llenaron mis ojos, que sequé apresuradamente para que no interceptaran la visión que tenía del demonio; pero mi vista siguió nublada por las gotas ardientes, hasta que, cediendo a las emociones que me oprimían, lloré en voz alta.

Pero no era momento de demoras; desenganché a los perros de su compañero muerto, les di abundante comida y, tras una hora de descanso, absolutamente necesario y, sin embargo, terriblemente inconveniente, continué mi ruta. El trineo seguía visible; no volví a perderlo de vista, salvo en los momen-

tos en que, por un breve lapso, alguna roca helada lo ocultaba entre sus riscos. De hecho, me le acerqué perceptiblemente; y cuando, tras casi dos días de viaje, vi a mi enemigo a no más de una milla de distancia, el corazón me dio un vuelco.

Pero ahora, cuando parecía tenerlo casi a mi alcance, mis esperanzas se desvanecieron repentinamente cuando perdí todo rastro de él más completamente que nunca. Se oyó un mar de fondo; el estruendo de su avance, mientras las aguas rodaban y crecían por debajo de mí, se volvía cada vez más ominoso y aterrador. Seguí adelante, pero fue en vano. El viento se levantó; el mar rugió; y, como con la poderosa sacudida de un terremoto, la capa de hielo se partió y se quebró con un sonido tremendo y abrumador. La obra terminó pronto: en pocos minutos, un mar embravecido se interpuso entre mi enemigo y yo, y quedé a la deriva sobre un témpano que se empequeñecía continuamente, preparándome así una muerte espantosa.

De esta manera transcurrieron muchas horas aterradoras; varios de mis perros murieron; y yo mismo estaba a punto de hundirme bajo la acumulación de angustia, cuando vi su barco anclado, ofreciéndome esperanzas de socorro y salvación. No imaginaba que las embarcaciones pudiesen llegara tan al norte, y me quedé atónito al verlo. Rápidamente destruí parte de mi trineo para construir remos; y así, con infinita fatiga, pude mover mi balsa de hielo en dirección a su barco. Había decidido, si

iban hacia el sur, confiar en la merced del mar antes que abandonar mi propósito. Esperaba convencerlos de que me concedieran un bote con el que aún pudiera perseguir a mi enemigo. Pero su dirección era hacia el norte. Me aceptaron a bordo cuando mis fuerzas estaban agotadas, y pronto me habría hundido, bajo mis múltiples penurias, en una muerte que aún temo, pues mi tarea está incumplida.

¡Oh! ¿Cuándo me concederá mi espíritu guía, el que me conduce hasta el demonio, el descanso que tanto deseo? ¿O debo morir yo, y él vivir? Si es así, júrame, Walton, que no escaparás; que lo buscarás y cumplirás mi venganza con su muerte.

Pero, ¿me atrevería acaso a pedirte que emprendas mi peregrinación, que soportes las penalidades que yo he padecido? No; no soy tan egoísta. Sin embargo, cuando muera, si él aparece; si los ministros de la venganza lo conducen hasta ti, jura que no vivirá; jura que no triunfará sobre mis aflicciones acumuladas y que vivirá para hacer de otro un desgraciado como yo.

Es elocuente y persuasivo; y en una época sus palabras tuvieron incluso poder sobre mi corazón; pero no confíes en él. Su alma es tan infernal como su forma, llena de traición y maldad diabólica. No lo escuches; invoca a los manes de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre, y del desdichado Victor, y clava tu espada en su corazón. Yo me mantendré cerca y dirigiré el acero con precisión.

Las cartas de Robert Walton (continuación)

26 de agosto de 17..

Has leído esta extraña y aterradora historia, Margaret; ¿y no sientes que se te hiela la sangre de horror, como el que ahora hiela la mía? A veces, presa de una repentina agonía, no podía continuar su relato; otras, con la voz quebrada, pero penetrante, pronunciaba con dificultad las palabras tan cargadas de dolor. Sus ojos hermosos y encantadores a veces brillaban de indignación, a veces se sumían en una abatida tristeza, y a veces se apagaban en una desdicha infinita. A veces controlaba su semblante y su tono, y relataba los incidentes más horribles con voz serena, reprimiendo cualquier señal de agitación; luego, como un volcán en erupción, su rostro

cambiaba repentinamente a una expresión de la más salvaje rabia, mientras profería imprecaciones contra su perseguidor.

Su relato es coherente y está narrado con la apariencia de la más simple verdad; sin embargo, le confieso que las cartas de Felix y Safie, que me mostró, y la aparición del monstruo, vista desde nuestro barco, me convencieron aún más de la veracidad de su relato que sus afirmaciones, por serias y coherentes que fueran. Un monstruo así existe realmente; no puedo dudarlo; sin embargo, no logro superar la sorpresa y el asombro. A veces intenté obtener de Frankenstein los detalles de la formación de su criatura; pero en este punto era impenetrable.

—¿Estás loco, amigo mío —me dijo—, o a dónde te lleva tu insensata curiosidad? ¿Acaso también quieres crear para ti y para el mundo un enemigo demoníaco? ¿O a qué conducen tus preguntas? ¡Tranquilo, tranquilo! Aprende de mis desgracias y no intentes aumentar las tuyas.

Frankenstein descubrió que tomé notas sobre su historia: pidió verlas, y luego él mismo las corrigió y las amplió en muchos aspectos; pero principalmente para dar vida y espíritu a las conversaciones que mantuvo con su enemigo.

—Ya que has conservado mi narración —dijo—, no quisiera que pasara a la posteridad mutilada.

Así ha transcurrido una semana, mientras escuchaba la historia más extraña que jamás haya con-

cebido la imaginación. Mis pensamientos y cada sentimiento de mi alma se han embriagado con el interés por mi invitado, que este relato y sus modales elevados y amables han despertado.

Querría consolarlo; pero ¿puedo recomendarle la vida a alguien tan infinitamente desdichado, tan desprovisto de toda esperanza de sosiego? ¡Oh, no! La única alegría que ahora puede conocer será cuando ordene sus sentimientos destrozados hacia la paz y la muerte.

Sin embargo, disfruta de un consuelo, fruto de la soledad y el delirio: cuando en sueños conversa con sus amigos y obtiene de esa comunión alivio para sus penurias, o estímulos para su venganza, cree que no son productos de su imaginación, sino seres reales que lo visitan desde las regiones de un mundo remoto. Esta fe da a sus ensoñaciones una solemnidad que las hace para mí casi tan impactantes e interesantes como la verdad.

Nuestras conversaciones no siempre se limitan a su propia historia y desventuras. En cada punto de la literatura general, demuestra un conocimiento ilimitado y una comprensión rápida y penetrante. Su elocuencia es contundente y conmovedora; ni puedo oírlo sin lágrimas cuando relata un incidente patético o intenta conmover la compasión o el amor. ¡Qué gloriosa criatura debió haber sido en los días de su prosperidad, cuando es tan noble y divino en la ruina! Parece percibir su propio valor y la magnitud de su caída.

—De joven —me dijo—, me sentía destinado a una gran empresa. Mis sentimientos son profundos; pero poseía una serenidad de juicio que me capacitaba para logros ilustres. Este sentimiento de la valía de mi naturaleza me sostuvo cuando otros se habrían sentido oprimidos; pues consideraba criminal desperdiciar en un dolor inútil aquellos talentos que podrían ser útiles a mis semejantes. Al reflexionar sobre la obra que había completado, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no podía compararme con el rebaño de proyectistas comunes. Pero este sentimiento, que me sostuvo al comienzo de mi carrera, ahora solo sirve para hundirme más profundamente en el barro. Todas mis especulaciones y esperanzas son nada; y, como el arcángel que aspiraba a la omnipotencia, estoy encadenado a un infierno eterno. Mi imaginación era vívida, pero mi capacidad de análisis y aplicación era intensa; por la unión de estas cualidades concebí la idea y ejecuté la creación de un hombre. Incluso ahora no puedo recordar, sin pasión, mis ensoñaciones mientras la obra estaba incompleta. Recorría el cielo en mis pensamientos, a veces exultante sobre mis poderes, a veces ardiendo con la idea de sus efectos. Desde mi infancia estuve imbuido de grandes esperanzas y una noble ambición; ¡pero cuán hundido estoy! ¡Oh! Amigo mío, si me hubieras conocido como era entonces, no me reconocerías en este estado de degradación. El desaliento rara vez visitaba mi corazón; un destino elevado parecía sostenerme, hasta que caí, para nunca, nunca más levantarme.

¿Debo entonces perder a este ser admirable? He anhelado un amigo; he buscado a alguien que simpatice conmigo y me aprecie. He aquí que en estos mares desérticos lo he encontrado; pero me temo que lo he ganado sólo para conocer su valor, y luego perderlo. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero él rechaza la idea.

—Le agradezco, Walton, por sus amables intenciones hacia esta ruina tan desdichada; pero cuando habla de nuevos lazos y nuevos afectos, ¿cree que alguno puede reemplazar a los que se han ido? ¿Puede algún hombre ser para mí como Clerval; o alguna mujer otra Elizabeth? Incluso cuando los afectos no están fuertemente impulsados por una excelencia superior, los compañeros de nuestra infancia siempre poseen un cierto poder sobre nuestras mentes, que difícilmente cualquier amigo posterior puede alcanzar. Conocen nuestras disposiciones infantiles, que, por mucho que se modifiquen después, nunca se erradicán; y pueden juzgar nuestras acciones con conclusiones más certeras en cuanto a la integridad de nuestros motivos. Una hermana o un hermano nunca puede, a menos que tales síntomas se hayan manifestado tempranamente, sospechar al otro de fraude o engaño, mientras que un nuevo amigo, por muy unido que esté, puede, a pesar suyo, verse invadido por la sospecha. Pero yo disfruté de amigos, queridos no solo por costumbre y compañía, sino por sus propios méritos; y, dondequiera que esté, la voz tranquilizadora de mi Elizabeth y la conversación de Clerval siempre me hablarán al oído. Han muerto; y solo

un sentimiento en tal soledad puede persuadirme a preservar mi vida. Si me embarcara en alguna gran empresa o designio, cargado de gran utilidad para mis semejantes, podría vivir para cumplirlo. Pero ése no es mi destino; debo perseguir y destruir al ser al que di la existencia; entonces mi tarea en la tierra se habrá cumplido, y podré morir.

* * *

2 de septiembre.

Mi querida hermana:

Te escribo, rodeado de peligros, sin saber si algún día volveré a ver mi querida Inglaterra y a mis queridos amigos que la habitan. Estoy rodeado de montañas de hielo, insalvables, que amenazan a cada instante con aplastar mi barco. Los valientes hombres, a quienes he convencido de ser mis compañeros, me buscan en demanda de ayuda; pero no tengo ninguna. Hay algo terriblemente aterrador en nuestra situación, pero mi coraje y mis esperanzas no me abandonan. Tal vez podremos sobrevivir; y si no, repetiré las lecciones de mi Séneca y moriré con buen corazón.

Pero, Margaret, ¿cuál será tu estado de ánimo? No sabrás de mi destrucción y esperarás ansiosamente mi regreso. Pasarán los años, y la desesperación te visitará, pero la esperanza te torturará. ¡Oh! Mi querida hermana, el desastroso fracaso de tus sinceras expectativas me resulta, en perspectiva, más terrible que mi propia muerte. Pero tienes esposo e

hijos encantadores; puedes ser feliz: ¡que el cielo te bendiga y te lo conceda!

Mi desafortunado huésped me mira con la más tierna compasión. Se esfuerza por llenarme de esperanza y habla como si la vida fuera una posesión que valora. Me recuerda cuántas veces los mismos accidentes les han ocurrido a otros navegantes que han intentado este mar, y, a pesar mío, me llena de alegres augurios. Incluso los marineros sienten el poder de su elocuencia: cuando habla, ya no desesperan: él despierta sus energías y, al oír su voz, creen que estas vastas montañas de hielo son pequeños montículos que se desvanecerán ante la resolución del hombre. Estos sentimientos son transitorios; cada día que se retrasa la expectativa los llena de miedo, y casi temo un motín causado por esta desesperación.

* * *

5 de septiembre.

Acaba de ocurrir algo de tan extraordinario interés que, aunque es muy probable que estos documentos nunca lleguen a tus manos, no puedo abstenerme de registrarlos.

Seguimos rodeados de montañas de hielo, en peligro inminente de quedar aplastados en su conflicto. El frío es extremo, y muchos de mis desafortunados camaradas ya han encontrado una tumba en medio de esta escena de desolación. La salud de Frankenstein se deteriora día a día: un fuego febril aún brilla en sus ojos; pero está exhausto, y, cuando se anima de

pronto a realizar cualquier esfuerzo, se hunde rápidamente de nuevo en una aparente falta de vitalidad.

En mi última carta mencioné los temores que albergaba acerca de un motín. Esta mañana, mientras observaba el rostro demacrado de mi amigo —con los ojos entrecerrados y las extremidades colgando con indolencia—, me despertaron media docena de marineros que deseaban entrar en el camarote. Entraron, y su jefe se dirigió a mí. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por los demás marineros para venir en comisión de servicio a presentarme una demanda que, en justicia, no podía rechazar. Estábamos atrapados en el hielo y probablemente nunca escaparíamos; pero temían que, si, como era posible, el hielo se disipaba y se abría un paso libre, yo cometiera la temeridad de continuar mi viaje y los llevara a nuevos peligros, después de que ellos hubieran podido superar este con alegría. Por lo tanto, deseaban que me comprometiera con una solemne promesa de que, si el barco era liberado, dirigiría inmediatamente mi rumbo hacia el sur.

Estas palabras me inquietaron. No había desesperado; ni había concebido aún la idea de regresar si me liberaba de los hielos. Sin embargo, ¿podría, en justicia, o incluso en posibilidad, rechazar esta exigencia? Dudaba sobre mi respuesta cuando Frankenstein, quien al principio había permanecido en silencio, y, de hecho, apenas parecía tener la fuerza suficiente para escuchar, se despertó; sus ojos brillaron y sus mejillas se sonrojaron con un vigor instantáneo. Volviéndose hacia los hombres, les dijo:

—¿Qué quieren decir? ¿Qué le exigen a su capitán? ¿Tan fácilmente se desvían de su propósito? ¿No llamaban a esto una gloriosa expedición? ¿Y por qué era gloriosa? No porque el camino fuera suave y plácido como un mar del sur, sino porque estaba lleno de peligros y terrores; porque, ante cada nuevo incidente, debían invocar su fortaleza y exhibir su coraje; porque el peligro y la muerte les rodeaban, y éstos eran los peligros que debían afrontar y superar. Porque esto era glorioso, porque ésta era una empresa honorable. De ahora en adelante serían aclamados como los benefactores de la especie; sus nombres venerados, como pertenecientes a hombres valientes que se enfrentaron a la muerte por honor y por el bien de la humanidad. Y ahora, he aquí que ante la primera sospecha de peligro, o, si se prefiere, la primera prueba exigente y terrible de su coraje, se encogen y se conforman con ser considerados hombres que no tuvieron la fuerza suficiente para soportar el frío y el peligro; y entonces, pobres almas, sintieron frío y regresaron a sus cálidas chimeneas. Para llegar a eso no se requieren tantos preparativos; no es necesario llegar tan lejos y arrastrar a su capitán a la vergüenza de una derrota, sólo para demostrar que son cobardes. ¡Vamos, sean hombres, o más que hombres! Manténganse firmes en sus propósitos con la firmeza de una roca. Este hielo no está hecho de la misma materia que sus corazones; es mutable, no podrá resistirlos a ustedes si ustedes deciden que no lo hará. No regresen a sus familias con el estigma de la vergüenza marcado en sus frentes. Regresen como

héroes que han luchado y vencido, y que no saben lo que es darle la espalda al enemigo.

Habló con una voz tan modulada de acuerdo con los diferentes sentimientos expresados en su discurso, con una mirada tan llena de noble determinación y heroísmo, que no es de extrañar que estos hombres se conmovieran. Se miraron unos a otros y no pudieron responder. Hablé; les pedí que se retiraran y reflexionaran sobre lo dicho: que no los guiaría más al norte si deseaban fervientemente lo contrario; pero que esperaba que, tras reflexionar, recuperaran el coraje.

Se retiraron, y me volví hacia mi amigo; pero había vuelto a hundirse en la languidez, casi exánime.

No sé cómo terminará todo esto; pero preferiría morir antes que regresar vergonzosamente, sin haber cumplido mi propósito. Sin embargo, me temo que ése será mi destino; estos hombres, sin el apoyo de ideas de gloria y honor, jamás podrán seguir soportando voluntariamente sus actuales penurias.

* * *

7 de septiembre.

La suerte está echada; he accedido a regresar, si la naturaleza no nos destruye. Así, mis esperanzas se ven frustradas por la cobardía y la indecisión; regreso ignorante y decepcionado. Se requiere más filosofía de la que poseo para soportar esta injusticia con paciencia.

* * *

12 de septiembre.

Ya todo terminó; regreso a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de utilidad y gloria; he perdido a mi amigo. Pero intentaré detallarte estas amargas circunstancias, mi querida hermana; mientras me lleven hacia Inglaterra y hacia ti, no me desanimaré.

El 19 de septiembre, el hielo comenzó a moverse y rugidos como truenos se oían a lo lejos, mientras las islas se partían y agrietaban en todas direcciones. Estábamos en peligro inminente; pero, como solo podíamos permanecer impasibles, mi principal atención estaba ocupada en mi desafortunado huésped, cuya enfermedad empeoró tanto que tuvo que guardar cama. El hielo se quebró detrás de nosotros y fue empujado con fuerza hacia el norte; una brisa sopló del oeste, y el 11 el paso hacia el sur quedó completamente libre. Al ver esto, y al ver que su regreso a su país natal parecía estar asegurado, los marineros lanzaron un grito de alegría tumultuosa, fuerte y prolongado. Frankenstein, que dormitaba, despertó y preguntó la causa del tumulto.

—Gritan —le dije— porque pronto regresarán a Inglaterra.

—¿De verdad regresas?

—¡Ay, sí! No puedo resistir sus exigencias. No puedo conducirlos contra su voluntad al peligro, y debo regresar.

—Hazlo si quieres; pero yo no lo haré. Puedes renunciar a tu propósito; pero el mío me lo ha asigna-

do el cielo, y no me atrevo. Soy débil; pero seguro que los espíritus que me asisten en mi venganza me darán la fuerza suficiente.

Dicho esto, intentó saltar de la cama, pero el esfuerzo fue demasiado grande para él; cayó hacia atrás y se desmayó.

Pasó mucho tiempo antes de que se recuperara; y a menudo pensé que la vida se le había extinguido por completo. Finalmente abrió los ojos, pero respiraba con dificultad y no podía hablar. El cirujano le dio una poción tranquilizante y nos ordenó que lo dejáramos tranquilo. Mientras tanto me dijo que a mi amigo ciertamente no le quedaban muchas horas de vida.

Había sido pronunciada la sentencia; y sólo pude lamentarme y ser paciente. Me senté junto a su cama, observándolo; tenía los ojos cerrados, y pensé que dormía; pero de repente me llamó con voz débil y, pidiéndome que me acercara, dijo:

—¡Ay! La fuerza en la que confiaba se ha agotado; siento que pronto moriré, y él, mi enemigo y perseguidor, puede que siga con vida. No pienses, Walton, que en los últimos momentos de mi existencia experimento ese odio ardiente y ese deseo acuciante de venganza que alguna vez expresé, pero me siento justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos últimos días me he ocupado en examinar mi conducta pasada; y no la encuentro censurable. En un ataque de locura entusiasta, creé una criatura racional y me comprometí con él a asegurar, en la

medida de mis posibilidades, su felicidad y bienestar. Este era mi deber; pero había otro aún más importante. Mis deberes hacia mis semejantes exigían mayor atención, porque incluían una mayor proporción de felicidad o desgracia.

«Impulsado por esta perspectiva, me negué, e hice bien al negarme, a crear un compañero para la primera criatura. Demostró una maldad y un egoísmo sin parangón en el mal: destruyó a mis amigos; condenó a la destrucción a seres que poseían sensibilidad exquisita, felicidad y sabiduría; y no sé dónde puede terminar esta sed de venganza. Siendo desgraciado él mismo, para no ser causa de la desgracia de otros debería morir. La misión de destruirlo era mía, pero he fracasado. Impulsado por motivos egoístas y malsanos, te pedí que emprendieras mi obra inconclusa; y renuevo esta petición ahora, cuando sólo me incitan la razón y la virtud.

«Sin embargo, no puedo pedirte que renuncies a tu país y a tus amigos para cumplir con esta tarea; y ahora que regresas a Inglaterra, tendrás pocas posibilidades de encontrarte con él. Pero dejo a tu criterio la consideración de estos puntos y la correcta ponderación de lo que consideres tus deberes; mi juicio y mis ideas ya están perturbados por la proximidad de la muerte. No me atrevo a pedirte que hagas lo que considero correcto, pues aún puedo dejarme llevar por la pasión.

«Que viva para ser un instrumento de maldad me perturba; en otros aspectos, esta hora, cuando mo-

mentáneamente espero mi liberación, es la única feliz que he disfrutado en varios años. Las figuras de los amados muertos me sobrevuelan, y me apresuro a abrazarlos. ¡Adiós, Walton! Busca la felicidad en la tranquilidad y evita la ambición, aunque solo sea la aparentemente inocente de distinguirte en la ciencia y los descubrimientos. Sin embargo, ¿por qué digo esto? Yo he sido víctima de estas expectativas, pero puede que otro tenga éxito.»

Su voz se fue debilitando a medida que hablaba; y finalmente, exhausto por el esfuerzo, se sumió en el silencio. Aproximadamente media hora después, intentó hablar de nuevo, pero no pudo; me apretó la mano débilmente y sus ojos se cerraron para siempre, mientras una suave sonrisa se desvanecía de sus labios.

Margaret, ¿qué puedo comentar sobre la prematura extinción de este glorioso espíritu? ¿Qué puedo decir para que comprendas la profundidad de mi dolor? Todo lo que pudiera expresar sería insuficiente y débil. Mis lágrimas fluyen; mi mente está ensombrecida por una nube de decepción. Pero viajo hacia Inglaterra, y puede que allí encuentre consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué presagian estos sonidos? Es medianoche; la brisa sopla suavemente y la guardia en cubierta apenas se mueve. De nuevo; se oye un sonido como de una voz humana, pero más ronca; proviene del camarote donde aún reposan los restos de Frankenstein. Debo levantarme y examinar. Buenas noches, hermana mía.

¡Dios mío! ¡Qué escena acaba de ocurrir! Todavía me marea el recuerdo. Apenas sé si podré detallarla; sin embargo, el relato que he registrado estaría incompleto sin esta última y maravillosa catástrofe.

Entré en el camarote donde yacían los restos de mi desventurado y admirable amigo. Sobre él se cernía una figura que no encuentro palabras para describir: gigantesca en estatura, pero tosca y deformada en sus proporciones. Mientras pendía sobre el ataúd, su rostro estaba oculto por largos mechones de cabello desgreñado; pero una enorme mano se extendía, con el color y la textura aparente de una momia. Al oír mi llegada, dejó de proferir exclamaciones de dolor y horror y se dirigió a la ventana. Nunca contemplé algo tan horrible como su rostro, de una fealdad repugnante y a la vez espantosa. Cerré los ojos involuntariamente y traté de recordar cuáles eran mis deberes con respecto a este destructor. Le pedí que se quedara.

Se detuvo, mirándome con asombro; y, volviéndose de nuevo hacia la figura inerte de su creador, pareció olvidar mi presencia, y cada rasgo y gesto parecía instigado por la furia más salvaje de alguna pasión incontrolable.

—¡Esta también es mi víctima! —exclamó—. Con su asesinato se consuman mis crímenes, ¡la miserable serie de mi ser llega a su fin! ¡Oh, Frankenstein! ¡Ser generoso y abnegado! ¿De qué sirve ahora que te pida perdón? Yo, que te destruí irremediabilmente al destruir todo lo que amabas. ¡Ay! Está frío; no puede responderme.

Su voz parecía sofocada; y mis primeros impulsos, que me habían sugerido el deber de obedecer la última petición de mi amigo de destruir a su enemigo, quedaron suspendidos por una mezcla de curiosidad y compasión.

Me acerqué a este ser tremendo, aunque no me atreví a volver a mirarlo: había algo aterrador y sobrenatural en su fealdad. Intenté hablar, pero las palabras se apagaron en mis labios. El monstruo continuaba profiriendo autorreproches salvajes e incoherentes. Finalmente, reuní la determinación para dirigirme a él, aprovechando una pausa en la tempestad de su pasión:

—Tu arrepentimiento es ahora superfluo —dije—. Si hubieras escuchado la voz de tu conciencia y atendido a las punzadas del remordimiento antes de llevar tu diabólica venganza hasta este extremo, Frankenstein aún estaría vivo.

—¿Acaso se te ocurre, acaso te imaginas que yo era insensible entonces a la agonía y el remordimiento? —dijo el demonio, y continuó, señalando el cadáver—: ¡Oh, él no sufrió con la consumación del hecho ni la diezmilésima parte de la angustia que yo sentí durante los prolongados detalles de su ejecución. Un egoísmo acucioso me impulsaba, mientras mi corazón se envenenaba de remordimiento. ¿Crees que los gemidos de Clerval fueron música para mis oídos? Mi corazón fue creado para ser sensible al amor y la compasión; y, cuando la desgracia lo convulsionó con un odio malsano, no soportó la violencia del cambio sin una tortura que ni siquiera puedes imaginar.

«Tras el asesinato de Clerval, regresé a Suiza desconsolado y abrumado. Sentía lástima por Frankenstein; mi lástima equivalía al horror: me aborrecía a mí mismo. Pero cuando descubrí que él, autor a la vez de mi existencia y de sus indecibles tormentos, se atrevía a esperar la felicidad; que mientras acumulaba desgracias y desesperación sobre mí, buscaba su propio goce en sentimientos y pasiones cuya satisfacción me estaba vedada para siempre, entonces una envidia impotente y una amarga indignación me llenaron de una sed insaciable de venganza.

«Recordé mi amenaza y decidí que debía cumplirla. Sabía que me estaba preparando una tortura mortal; pero era esclavo, no dueño, de un impulso que detestaba, y que no podía desobedecer. Sin embargo, cuando ella murió, no, entonces no me sentí desgraciado. Había desechado todo sentimiento, había sometido toda angustia al desenfreno en el exceso de mi desesperación. El mal desde entonces se convirtió en mi bien. Llevado a ese extremo, no tuve más remedio que adaptar mi naturaleza a un factor que había elegido voluntariamente. La culminación de mi demoníaco designio se convirtió en una pasión insaciable. Y ahora ha llegado a su fin; ¡ahí está mi última víctima!»

Al principio me conmovieron sus expresiones de tristeza, pero al recordar lo que Frankenstein había dicho sobre su elocuencia y persuasión, y al volver a contemplar el cuerpo sin vida de mi amigo, la indignación se reavivó en mí.

—*¡Miserable! —le dije—, vienes aquí a lamentarte por la desolación que has causado. Arrojas una antorcha a un montón de edificios, y cuando se consumen, te sientas entre las ruinas y lamentas la caída. ¡Demonio hipócrita! Si aquel a quien lloras aún viviera, seguiría siendo el objeto, volvería a ser la presa de tu maldita venganza. No es lástima lo que sientes; te lamentas sólo porque la víctima de tu maldad te ha sido arrebatada.*

—*Oh, no es así, no es así —interrumpió el ente—; sin embargo, ésa debe ser la impresión que transmite lo que parece ser el propósito de mis acciones. Sin embargo, no busco compasión en mi penuria. No puedo encontrar compasión. Cuando la busqué por primera vez, era el amor a la virtud, los sentimientos de felicidad y afecto que desbordaban todo mi ser, lo que deseaba compartir. Pero ahora que esa virtud se ha convertido para mí en una sombra, y esa felicidad y afecto en amarga y repugnante desesperación, ¿dónde debería buscar compasión? Me conformo con sufrir en soledad, mientras mis sufrimientos perduren: cuando muera, acepto que el aborrecimiento y el oprobio pesen sobre mi memoria.*

—*«Alguna vez mi fantasía se apaciguó con sueños de virtud, fama y goce. Alguna vez abrigué la falsa esperanza de encontrar seres que, perdonando mi apariencia, me amarían por las excelentes cualidades que era capaz de desarrollar. Me nutría de altos pensamientos de honor y devoción. Pero ahora el vicio me ha degradado por debajo del animal más vil.*

Ningún crimen, ninguna maldad, ninguna fechoría, ninguna desgracia puede compararse a la mía. Cuando repaso el espantoso catálogo de mis actos, no puedo creer que yo sea aquél cuyos pensamientos una vez estuvieron llenos de sublimes y trascendentales visiones sobre la belleza y majestuosidad de la bondad. Pero así son las cosas: el ángel caído se convierte en un demonio maligno. Sin embargo, incluso ese enemigo de Dios y del hombre tuvo amigos y cómplices en su desolación; yo estoy completamente solo.

«Tú, que llamas a Frankenstein tu amigo, parece conocer mis crímenes y sus desgracias. Pero, en los detalles que te dio, no pudo resumir las horas y meses de sufrimiento que soporté, desperdiciándome en pasiones impotentes. Porque mientras destruía sus esperanzas, no colmaba mis propios deseos. Eran siempre ardientes y ambiciosos; aún buscaba amor y compañía, y seguía siendo despreciado. ¿No había injusticia en esto? ¿Debo ser considerado el único criminal, cuando toda la humanidad pecó contra mí? ¿Por qué no odias a Félix, quien echó a su amigo de su puerta con desprecio? ¿Por qué no aborreces al campesino que intentó destruir al salvador de su hijo? ¡No, éstos son seres virtuosos e inmaculados! Yo, el miserable y el abandonado, soy un aborto, para ser despreciado, pateado y pisoteado. Todavía me hierve la sangre con el recuerdo de esta injusticia.

«Pero es cierto que soy un miserable. He asesinado a los hermosos y los indefensos; he estrangulado a los inocentes mientras dormían y he oprimido hasta

la muerte el cuello de quien nunca me hizo daño ni a mí ni a ningún otro ser vivo. He arrojado a mi creador, ejemplo selecto de todo lo que es digno de amor y admiración entre los hombres, a la desgracia; lo he perseguido hasta convertirlo en esta ruina sin remedio. Allí yace, pálido y frío en la muerte. Me odias; pero tu aborrecimiento no puede igualar el que siento por mí mismo. Contemplo estas manos que ejecutaron el hecho; pienso en el corazón cuya imaginación lo concibió, y ansío el momento de mirarlos cara a cara, cuando ya no atormenten mis pensamientos.

«No temas que sea el instrumento de futuras desgracias. Mi obra está casi terminada. No necesita tu muerte ni la de nadie para consumir la serie de mi ser y completar lo que debe hacerse; pero requiere la mía. No pienses que tardaré en realizar este sacrificio. Me alejaré de tu embarcación en la balsa de hielo que me trajo hasta aquí y buscaré el extremo más septentrional del globo; recogeré mi pira funeraria y reduciré a cenizas este miserable cuerpo, para que sus restos no den luz a ningún desdichado curioso e impío que quiera crear a alguien como yo. Moriré. Ya no sentiré las agonías que ahora me consumen, ni seré presa de sentimientos insatisfechos, pero no saciados. Ha muerto quien me llamó a la existencia; y cuando ya no exista yo, el recuerdo mismo de ambos se desvanecerá rápidamente.

«Ya no veré el sol ni las estrellas, ni sentiré el viento acariciar mis mejillas. La luz, la sensibilidad y la sensación desaparecerán; y en esta condición de-

bo encontrar mi felicidad. Hace algunos años, cuando las imágenes que este mundo me ofrece se abrieron ante mí, cuando sentí el calor reconfortante del verano y oí el susurro de las hojas y el canto de los pájaros, y todo esto era para mí, habría llorado ante la idea de la muerte; ahora es mi único consuelo. Contaminado por los crímenes y desgarrado por el más amargo remordimiento, ¿dónde puedo encontrar reposo sino en ella?

«¡Adiós! Te dejo, y en ti, el último ser humano que estos ojos verán jamás. ¡Adiós, Frankenstein! Si aún vivieras, y aun así albergaras deseos de venganza contra mí, mejor los saciarías con mi vida que con mi destrucción. Pero no fue así; buscaste mi extinción para que no causara mayor desgracia; y si, de alguna manera desconocida para mí, no has dejado de pensar y sentir, no desearías para mi mayor desdicha que la que ya padezco. Golpeado como estabas, mi agonía era superior a la tuya; pues el amargo aguijón del remordimiento no dejará de doler en mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

«Pero pronto moriré —exclamó con triste y solemne entusiasmo—, moriré, y lo que ahora siento ya no habré de sentirlo. Pronto estas ardientes desdichas se extinguirán. Subiré triunfalmente a mi pira funeraria y me regocijaré en la agonía de las llamas torturantes. La luz de esa conflagración se desvanecerá; mis cenizas serán arrastradas al mar por los vientos. Mi espíritu dormirá en paz; o si piensa, seguramente no lo hará. Adiós.»

♦ Frankenstein III

Al decir esto, saltó de la ventana del camarote sobre la balsa de hielo tendida cerca del barco. Pronto fue arrastrado por las olas y se perdió en la oscuridad y la lejanía.

FIN

Frankenstein
por
Mary W. Shelley

Edición original
Londres, 1818

Traducción, revisión, notas y edición digital

© In Octavo, 2025